



EL DISEÑO DE LA CASA

OSVALDO REBOLLEDA

EL DISEÑO DE LA CASA



**Cuando la Iglesia deja de ser estructura
y vuelve a ser morada**

OSVALDO REBOLLEDA

Este libro fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa

rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la reproducción parcial o total, la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sin al menos mencionar la fuente, como una forma de honrar el trabajo y la dedicación que dio vida a este material.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Marcela Recchia**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

Contenidos

Introducción.....	6
Capítulo uno	
 Una invitación a la eternidad.....	13
Capítulo dos	
 El diseño de la casa.....	20
Capítulo tres	
 Fundamentos y cambios.....	31
Capítulo cuatro	
 De la deuda al propósito.....	43
Capítulo cinco	
 La unción revelada.....	54
Capítulo seis	
 El gobierno espiritual.....	64

Capítulo siete

Gobernando desde el cuerpo.....77

Capítulo ocho

La casa de Dios 89

Epílogo 97

Reconocimientos.....99

Sobre el autor.....101



Introducción

Este libro surge de conceptos que Dios me impartió al recibir directivas claras para abrir una nueva obra, una nueva congregación. Yo no tenía ninguna intención de hacerlo, ya que mi tarea personal consistía en predicar y enseñar en diferentes ciudades, de manera totalmente abierta, más allá de toda barrera denominacional. Sin embargo, una noche el Señor nos habló con claridad. Lo hizo estando yo en mi oficina y mi esposa en la habitación. Fue entonces cuando determinamos abrir un nuevo lugar de reunión para la ciudad.

Por supuesto, esa noche no teníamos a nadie, pero al día siguiente decidimos invitar personas a nuestra casa. De esa manera comenzó el Centro Cristiano Fuente de Vida, en la provincia de La Pampa. En la primera semana buscamos un local y, en un par de meses, estábamos inaugurando un hermoso lugar que había sido edificado con la intención de funcionar como agencia de autos o algo por el estilo. Sin embargo, era el sitio que Dios había preparado para establecer un nuevo tiempo espiritual para la ciudad.

Pensábamos estar listos y comenzamos a caminar lo que sería un verdadero taller de enseñanza personal. Utilizo el término pensábamos por una razón muy simple: con el transcurso del tiempo nos fuimos dando cuenta de cuánto teníamos todavía para aprender acerca de trabajar con la

gente y de cuánto nos faltaba para comprender los diseños de Dios.

Yo no tenía idea de lo que estaba emprendiendo. El primer tiempo fue maravilloso; crecimos mucho en apenas unos meses. Pero luego comenzaron los tremendos ataques, los mismos que tanto nos han enseñado. Lecciones que sin duda merecerían varios libros como este. De todas ellas quise extraer una enseñanza especial que hace a la edificación del Cuerpo de Cristo, y estoy persuadido de que este material va a bendecir su vida en gran manera.

La Pampa se ha caracterizado por ser una provincia muy cerrada a los cambios. De hecho, durante mucho tiempo, las estructuras institucionales, religiosas, el legalismo, la manipulación, el control y hasta el caudillismo fueron características presentes en muchas congregaciones pampeanas. Aclaro esto porque, como en todos los ámbitos, siempre existen honrosas excepciones.

Eduardo Castex es una ciudad pequeña; su gente es amable y hermosa. Sin embargo, en el área espiritual estaba totalmente cerrada, como la noche más oscura, con un alto dominio de las tinieblas y una extrema división entre las congregaciones. Todo lo nuevo era sospechoso y considerado peligrosamente diabólico. En ese ambiente establecimos la obra, con una visión de Reino y con fundamentos apostólicos y proféticos. Por supuesto, es fácil imaginar la oposición que se levantó desde todos los sectores.

En medio de ese entorno y bajo esas circunstancias, Dios me habló del Diseño que había preparado para Su Iglesia. El Señor me habló de mudar pensamientos hacia una dimensión espiritual más elevada, pero a la vez profunda. Me habló de un desafío difícil, aunque no imposible: el desafío de soltar palabras diferentes y poderosas, capaces de abortar pensamientos equivocados engendrados desde la religiosidad, la miseria, la mezquindad y el control.

Palabras que no solo interrumpieran lo incorrecto, sino que también fueran capaces de engendrar una nueva generación con mentalidad apostólica y de Reino; una mentalidad de conquista, de riqueza, de bendición, de abundancia y de vida. Dios me habló de un pensamiento diferente, transgresor pero positivo. Me desafió al cambio, pero también me advirtió que no sería fácil, que seríamos atacados, criticados y resistidos. Sin embargo, nos aseguró que, si nos atrevíamos, Él estaría con nosotros dándonos la victoria, porque ese Diseño que Él nos entregaba era “made in Cielo”.

Dios nos fue mostrando Su mano en cada uno de los avances, y todo esto fue de tanta enseñanza para nosotros que, bajo la inspiración del Espíritu Santo, surgió la idea de escribir, de manera sencilla y llevadera, algunos conceptos que pudieran ser de bendición para pastores, líderes y hermanos que también estén manifestando el Reino en lugares difíciles, donde las estructuras religiosas aún no han sido quebrantadas.

Por eso creo que este material va a bendecir su vida, impulsándolo a creer en un tiempo profético y maravilloso de Dios para Su Iglesia. El diseño de la casa es un exponente práctico de los cambios que deben producirse en estos tiempos para adecuarnos a la estación espiritual que estamos viviendo. Le pido, entonces, que lea atentamente cada capítulo, con entusiasmo, y que le pida al Espíritu Santo convicción respecto de cada una de las palabras aquí escritas.

Antes de continuar, deseo aclarar y advertir algo. La obra aquí en la ciudad aún no ha terminado, ya no estamos pastoreando nosotros y los procesos siguen para el pastor a cargo. Sin embargo, hoy puedo decir que he avanzado mucho en el entendimiento de los diseños de Dios para Su Iglesia.

Sin duda, mis conceptos espirituales han sido mudados a dimensiones más elevadas, y todo ello ha sido producto de la confrontación, la dificultad y la prueba. La trascendencia de la obra que alguna vez pastoreamos se ha extendido más allá de los límites de la ciudad, y hoy alcanzamos naciones a través de las enseñanzas que el Señor nos ha dado. Debo reconocer que, en la ciudad, la congregación aún está luchando por avanzar; pero cuando estamos tocando al mundo a través del mensaje, no puedo dejar de maravillarme de los diseños de Dios.

Creo que cuando Jesús nació, en una pequeña ciudad llamada Belén, de una joven e inexperta madre y con un proveedor carpintero, nadie pudo imaginar un impacto

mundial. Es más, creo que el diseño divino fue tan osado que ni el diablo pudo ver ni entender lo que estaba ocurriendo. Jesús siempre fue atacado y debió enfrentar ambientes hostiles, pero nadie pudo dimensionar el impacto que estaba produciendo.

Fue visto como un niño indefenso, un joven intrascendente, un maestro con doce hombres sencillos que lo seguían, un reo colgado de un madero; pero también fue un Rey que se sentó en un Trono sobre todos los tronos. Cuando lo hizo, fue una sorpresa: al infierno se le hizo tarde para impedirlo, porque Su Reino ya estaba establecido.

No habría escrito este libro sin la autorización del Señor. Es más, creo profundamente que esta ha sido Su idea, ya que yo no sentía que debía exponer o enseñar algunas cosas que todavía no habíamos abrazado por completo. Sin embargo, cuando servimos a Dios, recibimos Sus diseños y hablamos de ellos. Si solo pudiéramos predicar o escribir acerca de nuestras experiencias personales, nadie podría hacerlo con plenitud. Enseñamos lo que pertenece a Dios, y por eso puedo hacerlo con temor, con respeto, pero con la firme convicción de estar haciendo la voluntad del Padre.

Cuando Moisés fue por primera vez a hablar con Faraón, no era más que un viejo tartamudo con ideas extrañas. Cuando el Señor libertó al pueblo y Moisés descendió del monte Sinaí con las tablas, habló la voluntad de Dios sin haberla vivido aún. Y cuando murió en el monte,

mirando la tierra desde lejos, creyó en lo que jamás pisó. Toda una generación lo cuestionó porque, bajo su liderazgo, ninguno entró a poseer las promesas. Sin embargo, la eternidad nos habilita, porque esto no es un diseño humano. Después de su muerte, Moisés se convirtió en el libertador que condujo al pueblo hasta la tierra prometida.

Hoy vivimos un tiempo de transición. Algunas cosas las viviremos con intensidad y otras serán la pista de despegue para la generación que nos suceda. De una forma u otra, tenemos vida eterna y veremos los diseños cumplidos, porque Dios es fiel. Contribuir al desarrollo y entendimiento de un diseño celestial es un gran privilegio que deseo disfrutar.

Los invito a que juntos hagamos una oración, y a que renovemos el entendimiento de nuestra mente para comprender cuáles son y cómo operan los diseños del Reino de los cielos.

“Padre, te alabamos y nos acercamos a Tu Trono con confianza en el nombre de Tu Hijo amado Jesucristo. En Él hallamos la seguridad para recibir Tu voluntad y para forjar en nuestro espíritu y en nuestra mente ideas que se alineen con Tus diseños divinos. Diseños que provienen de Tu corazón, que contienen Tu plan para nuestros tiempos, que podamos entender y ejecutar. Te pedimos sabiduría, revelación y entendimiento de cada palabra y de cada expresión; enséñanos a examinarlo todo, a retener lo bueno

y a rechazar todo concepto que no provenga de Ti. Padre, te amamos y te damos gracias en el nombre de Jesucristo. Amén.”

Ahora sí, los invito a navegar por el mar de las palabras, que por momentos serán confrontativas, por momentos simplemente amenas, por momentos profundas y, en otros, más ligeras y llevaderas. Por eso le pido, una vez más, que cuiden de no perder pensamientos que, entre líneas, acechan como verdaderas perlas para el espíritu.



Capítulo uno

UNA INVITACIÓN A LA ETERNIDAD

Dios tiene para nosotros, como Iglesia, un diseño divino. Él procura que podamos entenderlo y, para ello, es necesario cambiar algunos conceptos. Cambiar conceptos implica aceptar que hay cosas que tal vez nunca hemos escuchado, pero que no por eso dejan de provenir de Dios. Por eso, en este tiempo y con la aprobación del Espíritu Santo, debemos aceptarlas o, al menos, abrirles la puerta de la consideración.

Dios es un Dios que se renueva, que crea continuamente cosas nuevas, porque ese es Su oficio: Él es Creador. Y como Creador, diseña Su voluntad de manera permanente. Él pretende dar, por medio de Su Espíritu Santo, diseños a Sus hijos, para que trabajemos conforme a ellos y podamos manifestar el Reino de los cielos al mundo entero.

*“Dios ha diseñado un plan para manifestar Su Reino;
nosotros debemos ejecutarlo...”*

Si Dios no fuera un Dios de diseños, todas las vidas tendrían que ser iguales. Sin embargo, Él ha creado matices diferentes para cada persona. No somos el resultado de la casualidad; no nacimos de un repollo, ni nos trajo una cigüeña. Somos un diseño precioso y único de Dios. Por eso puso en cada uno de nosotros apariencias diferentes, llamados diferentes, dones diferentes, talentos diferentes y lugares específicos donde debemos emprender proyectos de Reino para gobernar en Su nombre.

Como Creador eterno que no habita en el tiempo, Dios no sufre limitaciones. Él conoce, desde antes de los tiempos comprensibles para nosotros, todo lo que ha de acontecer. Por lo tanto, cuando hablo de conocer nuevos diseños, hablo de diseños nuevos para nosotros. Y cuando digo que Él crea continuamente cosas nuevas, me refiero a que Su dinámica produce en nosotros sorprendentes novedades, difíciles de entender, porque no son dadas a la mente natural, sino al espíritu. Si no estamos en perfecta sintonía con Él, algunas cosas simplemente nos parecerán grandes locuras (**1 Corintios 1:18**).

El apóstol Pablo recibió el diseño de la Iglesia y lo expuso como pudo a través de sus escritos, principalmente en la carta a los Efesios. Digo como pudo porque las palabras son muy limitadas a la hora de explicar lo divino. Aquello que le fue revelado en el tercer cielo no era fácil de describir; por eso dijo que algunas cosas no las podía escribir y que otras eran difíciles de entender. Sin embargo, afirmó que,

leyendo con atención y con gracia divina, podríamos comprenderlas (**Efesios 3:1 al 5**).

Cuando predico la Palabra o enseño en diferentes conferencias, tengo la plena certeza de estar delante de personas de buena voluntad, gente que verdaderamente desea escuchar y provocar cambios en su vida para alcanzar todo lo que Dios tiene para ellos. Lamentablemente, no siempre lo logran, y creo que uno de los motivos fundamentales de ese fracaso es la excesiva preocupación por su vida personal.

“Uno de los motivos que hace fracasar a la gente es la desmedida preocupación por las cuestiones personales.”

Creo que los cristianos, en verdad, queremos hacer la voluntad del Señor. Pero sé, y puedo afirmarlo sin temor a equivocarme, que para captar un diseño divino es necesario dejar de preocuparnos por nuestra situación y comenzar a ocuparnos del Reino de Dios, porque eso traerá todas las cosas a nuestra vida. Si el justo ha de vivir por la fe, es necesario despojarnos del temor, la incertidumbre, la preocupación y el afán (**Mateo 6:25; 31 al 34**).

La única forma de conocer y alcanzar una vida regida por los diseños de Dios es por medio de la revelación, y esta no puede ser dada por un hombre, sino por el Espíritu Santo que habita en nosotros. Por eso debemos ser capaces de desprendernos de los afanes y buscar a Dios y Su Reino por

sobre todas las cosas, sabiendo que en Él están todas nuestras soluciones.

¿Por qué el Señor nos habla de revelación y de los diseños de Su casa? Porque eso es lo que verdaderamente importa: Su plan y Su propósito eterno. Los nuestros, aunque reales, son problemas domésticos. No les quito trascendencia, porque cada uno de nosotros transita una realidad que puede ser adversa o difícil, pero más allá de nuestra realidad está la verdad eterna del plan y del diseño de Dios.

“Aquellos que procuren edificar sobre los diseños de Dios recibirán el favor y la abundancia.”

Ser parte del plan eterno de Dios es lo mejor que nos puede suceder en la vida. El que no se preocupa por sus cosas, sino que se ocupa del Reino, recibe el favor de Dios, porque nuestro Dios es un Dios de pacto y sabe recompensar a los que le obedecen captando la idea de Su corazón. Aquellos que edifiquen sobre los diseños de Dios recibirán favor y abundancia, porque Dios mismo se ocupará de sus problemas.

Entender los diseños de Dios y ser parte de ellos nos conviene. No lo digo desde un cálculo egoísta, sino porque es natural anhelar que nos vaya bien, y al mismo tiempo, desear tocar la eternidad de Dios participando de Sus diseños. Ambas cosas son lo mejor que nos puede pasar.

Muchos aceptan a Jesucristo como Señor y Salvador, se congregan durante años, procuran comportarse correctamente, asisten a reuniones, leen la Biblia, estudian teología y sirven en la iglesia. Sin embargo, jamás han tocado, ni tocarán, el propósito eterno de Dios.

Cuando recibimos la gracia soberana en Jesucristo, recibimos la vida eterna. La muerte deja de señorearse sobre nosotros. Pero cuando digo que algunos no tocarán el propósito eterno de Dios, me refiero a Su plan de establecer el Reino de los cielos en toda la tierra. Podemos vivir eternamente con Él sin haber contribuido en nada a Su diseño de Reino.

Muchos entienden la vida cristiana solo desde la esfera natural, como si el único comprometido fuera Dios respecto de ellos y no ellos respecto de Él y de Su plan. Es fácil caer en la trampa de pensar que por congregarnos o comportarnos bien estamos participando de Su propósito eterno. Pero no siempre estamos pensando como Dios piensa.

Cuando Jesús anunció que debía ir a Jerusalén para ser crucificado, Pedro lo reprendió. Jesús le respondió que estaba pensando como los hombres, no como Dios. El punto de vista humano puede parecer lógico y hasta amoroso, pero ser totalmente opuesto al diseño divino.

“Jesús estaba pensando en los diseños del Padre, y eso lo llevó más allá de Su propio bienestar...”

Muchas veces predicamos un evangelio de beneficios, pero evitamos presentar las demandas del Reino. No decimos de entrada que perder la vida es parte del diseño. Así solo comunicamos una parte de la verdad, y eso es grave. Dios no es legalista, pero es perfectamente legal: Su propuesta no es una religión, es un Reino.

Hoy oramos más para pedir que para escuchar. Buscamos que Dios complazca nuestros deseos, pero no procuramos comprender los Suyos. Esto genera dos tipos de cristianos: los que esperan ser tocados por Dios y los que buscan tocar el corazón de Dios; los que buscan ser ungidos y los que buscan ungirlo; los que buscan Su corona y los que buscan doblegarse ante Su reinado. Usted sabrá de cuál quiere ser parte.

Nuestro propósito de vida es limitado; el propósito de Dios es eterno. Por eso debemos cruzar la línea de nuestra breve existencia y tocar la eternidad de Dios participando de Sus diseños. Noé, Abraham y Moisés tocaron la eternidad porque no se inventaron un propósito, sino que abrazaron el de Dios.

“Ellos pudieron ser hombres comunes, pero no se inventaron un destino, sino que aceptaron el propósito Divino...”

La invitación está hecha. Usted puede conformarse con una vida cristiana correcta y aceptable, o puede aceptar una

invitación más elevada: participar de los diseños eternos de Dios para Su Reino. Quien haga esto no solo vivirá bien, sino que estará tocando la eternidad.

“El hombre hace muchos planes en su corazón, pero solo prevalecerá el propósito divino.”

Proverbios 19:21



Capítulo dos

EL DISEÑO DE LA CASA

El profeta Ezequiel ejerció su ministerio en medio de la cautividad. La maravillosa gracia de Dios lo colocó como una lumbrrera para guiar a su pueblo hacia la humillación y el cambio. El Señor le mostró, por medio de visiones, las abominaciones que el pueblo había cometido en el templo, a través de la idolatría y la adoración a falsos dioses; pero también utilizó la vida de Ezequiel para presentar Su voluntad y nuevos diseños que levantarían a Su pueblo hacia la comunión y el compromiso verdadero.

Sería muy provechoso para nuestra comprensión leer todo el libro de Ezequiel. Es un libro sumamente interesante, aunque contiene pasajes misteriosos y difíciles de entender, especialmente al comienzo y al final del texto. Tal era su complejidad que los judíos prohibían a los jóvenes su lectura hasta que alcanzaran, al menos, los treinta años. No obstante, no quiero asustarlo; solo le propongo compartir un pequeño pasaje del capítulo cuarenta y tres, una porción central del libro, donde se habla de restauración y de diseños divinos.

“Tú, hijo de hombre, muestra a la casa de Israel esta casa, y avergüéñcense de sus pecados; y midan el diseño de ella. Y si se avergonzaren de todo lo que han hecho, hazles entender el diseño de la casa, su disposición, sus salidas y sus entradas, y todas sus formas, y todas sus descripciones, y todas sus configuraciones, y todas sus leyes; y descríbelo delante de sus ojos, para que guarden toda su forma y todas sus reglas, y las pongan por obra. Esta es la ley de la casa: sobre la cumbre del monte, el recinto entero, todo en derredor, será santísimo. He aquí que esta es la ley de la casa.” (Ezequiel 43:10 al 12).

Los capítulos centrales del libro de Ezequiel son muy ricos en el desarrollo de las características del templo: las medidas, los detalles y las circunstancias que Dios había determinado para la casa que Él quería. Incluso, el Señor estableció la forma en que debían hacerse todas las cosas, tanto por parte de los sacerdotes como del pueblo en general. Podríamos decir que Dios fue extremadamente específico en cada detalle.

“Dios es un diseñador, y nosotros debemos interpretarlo bajo la revelación de Su Espíritu Santo...”

Llevemos ahora este proceder divino a nuestros días. Hoy el Señor continúa entregando diseños para Su Iglesia. Si en la actualidad funcionáramos con los diseños de la década del veinte, ¿estaríamos a tono con la sociedad de hoy? Seguramente no. Tendríamos un lenguaje arcaico,

vestimentas antiguas, liturgias desfasadas y actitudes fuera de tiempo, que no encajarián con la sociedad actual. Atienda bien, amado lector: no estoy diciendo que debamos negociar el mensaje con el sistema ni con los cambios culturales; jamás diría algo así.

Lo que sí afirmo es que, si la ciencia y la sociedad evolucionan, si la cultura y las circunstancias cambian, la expresión que identifica a la Iglesia también debe hacerlo. No me refiero a las doctrinas fundamentales, sino a la forma en que nos expresamos y nos presentamos. Cristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos, pero la Iglesia debe cambiar su actitud para poder insertarse en la sociedad.

Una iglesia con mentalidad medieval no puede alcanzar a una sociedad del siglo XXI. Y vuelvo a aclarar: no hablo de cambiar la doctrina, sino de cosmética espiritual, de un profundo cambio de pensamientos y actitudes que solo puede ser establecido por revelación. Por ejemplo, la iglesia del primer siglo no utilizó los medios de comunicación modernos para expandir el mensaje, pero hoy sería absurdo no aprovechar esa tecnología.

Dios necesita que Su Iglesia evolucione. Tal vez alguien se pregunte: ¿Cómo puede ser esto posible si tenemos la misma Biblia, el mismo Dios, y la misma Palabra? ¿No sería peligroso cambiar? La respuesta es no. No solo no es peligroso, sino que es absolutamente necesario.

Piense en esto: yo soy el mismo desde que nací; tengo el mismo nombre, el mismo ADN y las mismas huellas digitales. Sin embargo, no queda en mí nada de la materia con la que nací. Todo se ha ido renovando: cada célula, cada átomo de mi cuerpo. De la misma manera, si la Iglesia es un cuerpo, también debe renovarse. Hoy ya no están en la tierra los padres apostólicos, pero no debemos perder la esencia que ellos dejaron para vivir lo apostólico. Yo he cambiado de apariencia, pero mi esencia sigue intacta.

Además, mis pensamientos y acciones han cambiado con la experiencia. Soy el mismo, pero ya no tomo mamadera ni necesito que me den la comida en la boca. He madurado. Hubo en mí una evolución clara que me llevó a una mayor capacidad de comprender y de actuar. No podría encontrar plenitud de vida en mis primeros años; hoy soy, se supone, el mismo, pero mejorado.

“La Iglesia es un cuerpo y, como tal, debe crecer y madurar en todo.”

El apóstol Pablo enseñó esto con claridad a la iglesia de Éfeso: *“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos*

niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (Efesios 4:11 al 16).

Este pasaje deja en evidencia que el crecimiento implica un cambio permanente. Si los ministerios fueron establecidos para que todos lleguemos a la unidad de la fe, debemos reconocer que aún no lo hemos alcanzado plenamente. Solo hemos avanzado en parte. Tal como sucede con un ser humano que nace con todo el potencial interno, pero que necesita tiempo para madurar, así también ocurre con el Cuerpo de Cristo.

Jesús mismo nació como un niño indefenso que necesitó cuidado, alimento y protección. A los doce años ya manifestaba entendimiento, pero recién a los treinta comenzó su ministerio público. No solo porque esa era la edad establecida para los sacerdotes, y Él fue nuestro Sumo Sacerdote, sino porque había alcanzado la medida de la estatura de la plenitud necesaria para manifestar al Cristo.

Cristo significa “Ungido”. Jesús manifestó la unción plena cuando alcanzó la madurez, y por eso pudo declarar

que el Espíritu del Señor estaba sobre Él para anunciar buenas nuevas, sanar corazones, liberar cautivos y establecer el favor de Dios (**Lucas 4:18 y 19**). La madurez permitió la unción, y la unción abrió paso a la manifestación del Reino.

“La madurez permite la unción, y la unción abre paso a la manifestación del Reino...”

Hoy la Iglesia necesita madurar para que el Padre pueda soltar un peso de unción suficiente como para romper los yugos de tinieblas e impiedad que cubren al mundo. Con la unción que hemos alcanzado hasta ahora no romperemos más yugos de los que ya hemos roto. Necesitamos la acción plena de los cinco ministerios para alcanzar la unidad de la fe y la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

Cuando Pedro recibió la revelación de que Jesús era el Cristo, no descubrió un apellido, sino la unción que reposaba sobre Jesús. Hoy nosotros también somos hijos del carpintero, del panadero o del médico, pero eso no cambia al mundo. Lo que lo transforma es la madurez que permite que la unción se manifieste a través de los hijos espirituales del Padre eterno, estableciendo el Reino de los cielos.

Para que un niño madure necesita instrucción y un cambio de pensamiento. Pablo lo expresó así: **“Cuando yo era niño, pensaba como niño... pero cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño”** (**1 Corintios 13:11**). El crecimiento implica cambio; el cambio expresa vida; y eso debe verse

reflejado en la Iglesia, porque la Iglesia no es una institución religiosa, sino un organismo vivo llamado Cuerpo de Cristo.

Dios, en este tiempo, quiere romper estructuras equivocadas y formarnos conforme a las estructuras correctas. Él desea cambiar nuestra mentalidad, nuestro lenguaje y nuestras actitudes, sin dejar de lado los fundamentos de la vida cristiana; fundamentos que, según el apóstol Pablo, deben ser apostólicos y proféticos. Esto, sin duda, nos coloca frente a un gran desafío.

La sociedad ha cambiado, todo ha evolucionado de manera vertiginosa, y estamos en la recta final hacia la plena manifestación del Reino de los cielos en la tierra. La Iglesia necesita vestirse con los ropajes adecuados. Pretender hacer hoy las cosas exactamente como las hacía la Iglesia primitiva sería retroceder en el tiempo para recuperar modelos que ya no funcionan de la misma manera.

Intentar sanar a las personas con la sombra puede sonar piadoso, pero eso fue para Pedro; hoy debemos abrazar lo que Dios quiere hacer con nosotros. Pedro no escupió a los ciegos; eso lo hizo Jesús. A menos que Dios decida repetir algo, debemos avanzar hacia lo nuevo de Dios para este tiempo.

Si alguien me invitara a predicar a Mar del Plata, a Buenos Aires o a Tierra del Fuego, y yo decidiera viajar al estilo de Pablo y Bernabé, tendría que ir caminando, o a lo

sumo en un burro o en un caballo. Si quisiera mantener exactamente la misma actitud y postura que Pablo, también tendría que vestirme con túnica y sandalias. La gente, con razón, pensaría que estoy fuera de lugar. Sin embargo, eso es lo que muchas veces pretendemos cuando decimos que debemos “volver a la Iglesia primitiva”.

“ Debemos renovar el entendimiento para comprender la voluntad de Dios.”

Pablo hizo lo que era correcto para su tiempo. Lo que Dios necesita es que conservemos los mismos fundamentos dados por el Espíritu Santo, pero con la constante metamorfosis que produce la renovación del entendimiento: afirmados en la Palabra y renovados para funcionar en la corriente que el Espíritu Santo está generando hoy.

Ante el diseño divino, Ezequiel recibe y transmite la revelación mostrando las entradas, las salidas, los principios y los detalles del diseño de la casa. Todos tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre; por lo tanto, el diseño que Dios quiere hoy para Su Iglesia debe ser dado por el Espíritu Santo, quien trae revelación de la Palabra y nos guía a toda verdad y justicia.

Funcionamos como una Iglesia apostólica, con principios de familia y principios de cuerpo; una Iglesia que manifiesta al nuevo hombre, que se viste para la guerra y que también tiene principios de edificación espiritual. *“ Así que*

ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Ef. 2:19 al 22).

“Lo apostólico es una mentalidad, no un nuevo nombramiento para algunos ambiciosos de poder.”

Así como el Señor recalca, por medio de Ezequiel, la santidad como ley fundamental de la casa, también hoy una Iglesia apostólica y profética vive y camina en la voluntad del Padre. Lo profético es esencial porque trae la voz y la dirección de Dios, y lo apostólico es una mentalidad, no un título jerárquico. Apóstol significa enviado, y eso no habla de un rango superior, sino de una vida enviada con propósito.

En el Reino de los cielos, el mayor es el menor. El que se humilla es exaltado. Cristo mismo, siendo enviado por el Padre, es decir, siendo un apóstol, se humilló hasta lo sumo y, por ello, recibió un Nombre sobre todo nombre. Su credencial apostólica fue la obediencia absoluta al plan divino.

Hoy, lamentablemente, muchos buscan un nombramiento por trayectoria, por años de ministerio o por cantidad de gente reunida. Eso es una grave distorsión. El apostolado no es un premio ni un ascenso humano; es un

ministerio elegido soberanamente, establecido por Dios para edificar el Cuerpo de Cristo.

Si Dios está estableciendo hoy un diseño para Su Iglesia, ese diseño requiere una mentalidad apostólica. No es una moda, es una estación espiritual. De hecho, es tan antiguo como la humanidad misma: Adán fue el primer enviado por Dios para establecer Su Reino en la tierra.

Es comprensible que exista rechazo hacia lo apostólico, especialmente por la mala exposición que algunos han hecho. El problema no es el diseño de Dios, sino las imitaciones humanas. Un apóstol no se autopropone; es Dios quien constituye. **“Él mismo constituyó a unos apóstoles...”** (**Efesios 4:11**). No son las estructuras humanas las que determinan los llamados divinos.

“Es verdad que hay muchos falsos apóstoles, pero debemos utilizar discernimiento, no rechazar todo como necios.”

Jesús advirtió que vendrían tiempos de engaño, pero nunca dijo que tuviéramos temor ni que rechazáramos todo. Dijo que extremáramos el discernimiento. El enemigo no crea, imita; y toda imitación puede ser detectada por quienes caminan en la luz.

La Iglesia de hoy debe mudar su mentalidad religiosa a una mentalidad de Reino. Somos una Iglesia enviada, con

propósito y destino de conquista, para establecer el Reino de los cielos para la gloria del Padre.

En Pentecostés, ciento veinte fueron llenos del Espíritu Santo. Pedro se puso de pie, predicó un mensaje sencillo y tres mil personas se convirtieron. Aquello era el cumplimiento de la profecía de Joel: la lluvia temprana había llegado para preparar la tierra y sembrar la semilla.

Hoy estamos esperando la lluvia tardía: un derramamiento del Espíritu como nunca antes se vio, para llevar la cosecha a su plenitud. Esa lluvia no es para comenzar la obra, sino para completarla.

Los cambios de Dios ya han sido decretados en el cielo. Estamos en una etapa de transición, pero lo que fue determinado arriba, necesita ser declarado y abrazado en la tierra. Si no discernimos el tiempo, la historia puede pasarnos de largo.

Los fariseos conocían las Escrituras, pero no reconocieron el tiempo que vivían. Conocían la letra, pero rechazaron a la Palabra encarnada. Por eso, conocer la Biblia no es suficiente: necesitamos revelación para comprender y aplicar los diseños divinos para nuestros días.



Capítulo tres

FUNDAMENTOS Y CAMBIOS

La historia de la Iglesia, en la superficie, suele parecer irrelevante para el cristianismo del siglo XXI. Sin embargo, el cristianismo, a diferencia de cualquier otra religión, está profundamente arraigado en la historia, porque no es una religión más, sino la verdad que tiene que ver con la vida y con los diseños de Dios para los hombres. El cristianismo es la manifestación de un Reino y no de una religión.

Aunque no es el propósito central de este libro, le recomiendo recorrer la historia de la Iglesia, porque los acontecimientos vividos a lo largo de los siglos son vitales para comprender tanto la evolución como los estancamientos que los diseños de Dios han padecido con el paso del tiempo. Mucho debe ser recogido de los eventos ocurridos entre la época de los apóstoles y la presente estación, o reforma apostólica.

“Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos.”

1 Corintios 10:11

El apóstol Pablo exhorta a la iglesia de Corinto a aprender de los ejemplos del pasado de Israel, a fin de no cometer los mismos errores. De la misma manera, debemos recordar y aprender de la historia de la Iglesia cristiana para no repetir errores y, si es necesario, recuperar el rumbo que tal vez, por diversas circunstancias, alguna vez se perdió.

Muchos escépticos de la fe cristiana suelen asociar el cristianismo con la violencia y el imperialismo de las Cruzadas. Sin embargo, una mirada objetiva a la historia de la Iglesia nos mostrará que las Cruzadas ocurrieron en un tiempo en el que el papado se había transformado en una institución política corrompida por el poder y la codicia. Aquellos hechos se aprovecharon del cristianismo, pero no tenían nada que ver con el evangelio de gracia que lo sustenta.

“Existen filosofías religiosas extrañas, algunas de las cuales se presentan bajo la bandera del cristianismo.”

Hoy nuestra cultura enfrenta nuevas y extrañas filosofías religiosas, algunas de ellas disfrazadas de cristianismo. Esto no es algo nuevo. La historia está llena de herejías que intentaron infiltrarse en la Iglesia. Por eso, entender la doctrina cristiana a la luz de la historia nos ayudará a separar las modas y la ficción de la verdad y de la doctrina de la fe genuina.

Personalmente, he tenido que estudiar la historia de la Iglesia, porque conocer los acontecimientos que nos trajeron hasta aquí es fundamental. Esto me permitió identificar de dónde provienen muchas cosas que hoy hemos adoptado sin cuestionar. He descubierto que algunos conceptos que consideramos seguros dentro del cristianismo actual no son más que engendros nacidos de la verdad mezclada con religiosidad.

Creo firmemente que todo ministro que se considere un siervo leal de Dios debería revisar profundamente las raíces de su conocimiento, porque existen conceptos institucionales que se defienden y enseñan como verdades absolutas, cuando en realidad no forman parte del diseño del Señor para Su Iglesia.

Esto es sumamente peligroso, porque podemos estar caminando hoy con modelos que Dios ya dio por concluidos. La corriente de la sociedad nos inunda y nos afecta más de lo que deberíamos. En lugar de vivir una cultura de Reino, muchos hemos sido formados dentro de una “subcultura evangélica”, en la cual se infiltró la religión.

La religión opera mediante un espíritu antiguo; los hombres vuelven al polvo, pero los espíritus permanecen. Los mismos espíritus que operaron en los fariseos en tiempos de Jesús atacándolo y levándolo a la cruz, son los que hoy intentan matar el potencial del Cuerpo de Cristo.

Cuando alcanzamos cierta madurez, sostenemos pensamientos a los que no estamos dispuestos a renunciar, aunque muchas veces no recordamos cuándo se originaron en nosotros. Nos hemos acostumbrado a ellos y los hicimos propios. Un ejemplo sencillo es el fútbol: solemos amar y defender un equipo como el mejor del mundo, sin recordar cuándo ni por qué comenzamos a pensar así. Generalmente fue una herencia cultural, familiar o emocional. La gran pregunta es: ¿es realmente así, o solo lo asumimos sin cuestionarlo?

Como cristianos, debemos tener cuidado de no aceptar pensamientos, estructuras o liturgias heredadas del pasado sin saber cuándo ni cómo llegaron a nosotros. Debemos caminar con temor reverente, no sea que estemos levantando hoy algo que Dios ya derribó hace tiempo.

Las denominaciones, por ejemplo, han sido instrumentos valiosos para cuidar y expandir el evangelio, pero también, en muchos casos, se transformaron en la cuna de costumbres y liturgias perversas. Pastores bien intencionados establecieron normas para defender la sana doctrina y, sin darse cuenta, terminaron deformando la verdad de los diseños divinos.

Un puntal de madera puede servir para sostener una viga nueva mientras se afirma, pero dejarlo revestido y convertirlo en una columna permanente es un grave error estructural. Las buenas intenciones de un puntal no lo

convierten en una columna. Lamentablemente, eso mismo ha sucedido en muchas estructuras denominacionales.

“La cultura establecida nos inunda y nos afecta, a la hora de tener que vivir una cultura de Reino.”

El pueblo de Israel caminó cuarenta años por el desierto bajo el liderazgo de Moisés. Habían sido liberados de la esclavitud de Egipto y estaban siendo conducidos hacia la tierra prometida. Sin embargo, la obstinación de sus corazones les hizo padecer el desierto, y muchos de ellos nunca entraron en la herencia.

En uno de esos momentos de crisis, el pueblo murmuró contra el Señor, y Él permitió que serpientes ardientes los mordieran, causando gran mortandad. Ante el arrepentimiento del pueblo y la intercesión de Moisés, Dios dio un diseño divino: una serpiente de bronce debía ser levantada en alto, y todo aquel que mirara viviría.

Ese diseño funcionó perfectamente en su tiempo, porque era una instrucción directa de Dios. Pero los años pasaron, Israel entró en la tierra, atravesó distintas etapas históricas, y aquella serpiente terminó siendo objeto de adoración. Hasta que llegó al trono el rey Ezequías, quien entendió los tiempos. Él destruyó la serpiente de bronce, llamándola Nehustán, “cosa de bronce”, porque el pueblo todavía en aquellos días le quemaba incienso.

La Escritura declara que no hubo otro rey como Ezequías en Judá, porque él puso su esperanza en el Señor y entendió la necesidad de los cambios. Jehová estaba con él y, adondequiera que iba, prosperaba (**2 Reyes 18:1 al 7**).

Un diseño que en su momento salvó vidas se transformó, con el tiempo, en idolatría. Lo que alguna vez fue instrumento de Dios terminó siendo un obstáculo. Dios se agradó de Ezequías porque entendió que había llegado el tiempo de destruir lo que ya no servía.

“Algunas cosas fueron verdad para su tiempo, pero Dios ya se mudó de ellas.”

Traigamos este ejemplo a nuestros días y descubriremos cuántos ministros defienden estructuras y prácticas cuyo origen desconocen, y que muchas veces ni siquiera están correctamente fundamentadas en la Escritura. Dios sigue siendo un Dios de fundamentos eternos, pero también un Dios de cambios guiados por revelación.

En el pasado, grandes y verdaderos hombres de Dios recibieron cosas de parte del Señor, y eso estuvo bien. Sin embargo, no debemos idolatrar todo lo que aquellos hombres dijeron o hicieron, porque algunas de esas cosas fueron verdad para su tiempo, pero Dios ya se mudó de ellas. Hoy debemos interpretar los tiempos y discernir la voluntad del Señor, no sea que terminemos idolatrando cosas que nada tienen que ver con el plan de Dios para nuestras vidas.

La idolatría dentro del cristianismo comenzó cuando el liderazgo entendió que sería útil conseguir objetos que despertaran la curiosidad de la gente para atraerla a los templos. Entonces alguien dijo: “¡Tengo unas sandalias que fueron del apóstol Pedro!”, y otros respondieron con entusiasmo: “¡Excelente, hay que exhibirlas!”.

Luego apareció otro diciendo: “¡Tengo un pedazo de madera y un clavo que podrían ser de la cruz donde murió Jesús!”. Y así, poco a poco, se fue formando lo que los historiadores describen como un verdadero mercado de la fe. Incluso se llegó a decir que alguien poseía un frasco con leche del pecho de María, la madre de Jesús, y también eso fue celebrado como un objeto digno de exhibición. Esto puede parecer insensato, pero está documentado históricamente y, lamentablemente, muchas de esas prácticas continúan vigentes hasta hoy.

Menos mal que no conservamos la vara de Moisés, ni el manto de Elías que cayó sobre Eliseo, ni un mechón del cabello de Sansón, ni la quijada con la que mató filisteos. Menos mal que no embalsamaron al burro que utilizó Jesús para entrar en Jerusalén, porque de lo contrario estaríamos haciendo cultos especiales alrededor del poder de cosas que alguna vez fueron parte de un diseño, pero que ya no lo son.

Noé fue un hombre extraordinario y nadie discute su capacidad para recibir un diseño divino. Sin embargo, ese diseño que resolvió un problema en su tiempo no debía

repetirse eternamente. Moisés, siglos después, enfrentó un obstáculo similar, no un diluvio, sino el mar Rojo, pero no construyó un arca. En su tiempo, el diseño fue una vara. El problema parecía el mismo, pero el diseño de Dios fue diferente.

Más tarde, Josué enfrentó otro obstáculo similar: el río Jordán. Y aun siendo discípulo de Moisés, no levantó una vara ni construyó un barco. Dios le dio otro diseño: el arca del pacto sobre los hombros de los sacerdotes. Y muchos años después, el profeta Elías se encontró nuevamente ante el Jordán, y tampoco repitió ninguno de los diseños anteriores; simplemente golpeó las aguas con su manto. Un mismo problema, distintos tiempos, distintos diseños.

Hoy la Iglesia está caminando en dimensiones diferentes. No digo mejores ni superiores, eso solo lo puede evaluar el Señor, pero sí diferentes. Sabemos que estamos en Cristo, que somos Su Cuerpo y que podemos ejercer autoridad, poder y dominio. Sabemos también que podemos hacer las mismas obras y aún mayores. Sin embargo, cuando observamos el funcionamiento actual a nivel global, debemos reconocer que estamos en un tiempo distinto, un tiempo que exige humildad para buscar los diseños de Dios y valentía para ponerlos por obra, dejando atrás estructuras que hoy solo nos detienen.

La Biblia contiene la historia de Cristo; la Iglesia existe para contar esa historia; y la historia de la Iglesia es la

continuación viva del relato bíblico. Cuando la Iglesia nació, lo hizo con fundamentos apostólicos y proféticos. Cristo la fundó, pero fueron los apóstoles quienes la expandieron. Con el tiempo, ese diseño fue perdiéndose y la Iglesia fue transformada en una institución. Los procesos humanos desgastan, anulan y reemplazan los diseños divinos por ideas que no provienen de Dios.

“La Iglesia comenzó siendo apostólica y divina, pero con el tiempo la convirtieron en una institución.”

La Reforma iniciada por hombres como Martín Lutero, Juan Calvino, Guillermo Farel, John Knox, Jan Hus y otros, recuperaron verdades fundamentales, pero no restauraron plenamente todos los diseños de la Iglesia. Los profetas y apóstoles desaparecieron del gobierno de la Iglesia, quedando los pastores como máxima autoridad, con evangelistas que muchas veces terminaron pastoreando, aunque ese no era el diseño original de Dios.

La Escritura es clara al respecto: Dios estableció cinco ministerios para perfeccionar a los santos y edificar el Cuerpo de Cristo hasta alcanzar la plenitud (**Efesios 4:11 al 13**). Hoy estamos recuperando el lenguaje, la visión y el pensamiento correctos. Digo estamos porque todavía nos encontramos en transición. Mientras no avancemos como Cuerpo en verdadera unidad, solo podremos decir que estamos comprendiendo parcialmente los diseños de Dios.

Las congregaciones que han abrazado una visión de Reino no temen a lo apostólico ni a los cambios. Saben que los nuevos conceptos dados por Dios desatan la manifestación de Su poder. A lo largo de la historia, Dios siempre respaldó Sus diseños con poder, y cuando Su pueblo se apartó de ellos, solo encontró silencio y adversidad.

“Los ministros tenemos la tarea de escuchar a Dios, adoptar Sus diseños y transmitirlos al pueblo.”

El gobierno absoluto de una congregación bajo un solo hombre es antibíblico. El gobierno pertenece a Dios, y el Espíritu Santo guía a la Iglesia a toda verdad y justicia. Los hombres estamos llamados a negarnos a nosotros mismos, a vivir en el Espíritu y a escuchar los diseños de Dios para aplicarlos sin excusas.

La Iglesia no puede desarrollarse mediante ideas humanas, estrategias empresariales o programas de marketing. Tiene un único dueño: Aquel que la compró con Su sangre. Solo Él tiene derecho a gobernarla y a establecer Sus diseños.

Cada ministerio tiene una función clara: el pastor apacienta, el evangelista proclama, el apóstol recupera fundamentos y los traduce para su tiempo, el profeta da dirección, y el maestro aclara y establece entendimiento. Todos deben trabajar en unidad, formando equipos

apóstolicos y presbiterios proféticos, para edificar correctamente el Cuerpo de Cristo.

Con el tiempo, muchos de estos ministerios se fueron perdiendo. Los maestros de revelación desaparecieron, los profetas quedaron relegados, y el potencial de gobierno espiritual se debilitó. Se formó una Iglesia temerosa del mundo, encerrada, sin visión de conquista, esperando solamente el arrebatamiento. Y aunque afirmó con total convicción que Cristo viene pronto, esa idea de encerrarse esperando un supuesto rapto secreto, nunca ha sido el diseño de Dios para Su Iglesia.

Tener una visión de Reino es muy distinto a tener una mentalidad de gobierno presencial. Los discípulos caminaron con Jesús, vieron milagros, pero no comprendieron plenamente el Reino hasta después de la resurrección. La enseñanza del Cristo resucitado fue suficiente para que todos entregaran sus vidas hasta el martirio.

“La enseñanza del Cristo resucitado fue suficiente para que los discípulos entregaran sus vidas al martirio.”

La mentalidad de Reino no excluye al pastor; lo coloca en el lugar correcto y restaura el funcionamiento pleno de los cinco ministerios. Las malas experiencias con falsos infiltrados no pueden anular un diseño que es divino y poderoso.

Para finalizar, quiero destacar algo fundamental en los diseños actuales: Debemos formar presbiterios proféticos. Equipos de hombres y mujeres llenos del Espíritu Santo, que puedan mediar, ministrar y trabajar entre los equipos apostólicos y el pueblo, bajo la guía del Espíritu y en orden.

Estos conceptos pueden estar confrontando su mente y puede también, no estar de acuerdo con alguno de ellos, sin embargo creo que recuperar estos valores hará revolucionar el mundo espiritual. Si usted no los acepta, está bien pero sigo viendo a mucha gente viviendo como simples evangélicos con Biblia, pero sin visión del propósito eterno de Dios para su Iglesia a nivel mundial y creo que es tiempo de hacer algo al respecto.

Por otra parte, lo que estoy planteando no es algo nuevo, ni tampoco es algo para enseñar a todos, porque ya hay miles viviendo y viviendo en este diseño Divino, es decir, los que están viviendo y aplicando esto, sabrán que no llegó con una noticia, pero deben entender que es necesario impartirlo todavía a muchos otros. Los que no están viviendo estos diseños harán bien al menos en enojarse un poco, porque eso evidenciaría que lo están pensando, pero no se apure a descalificar, ni descarte este material, mejor será orar, y que en todo caso lo decida el Señor. ¿No le parece?



Capítulo cuatro

DE LA DEUDA AL PROPÓSITO

Antes de avanzar en este capítulo, quisiera aclarar una vez más que, al mencionar el gobierno presencial, no estoy atacando al ministerio pastoral. De hecho, yo mismo he sido pastor durante muchos años. Lo que intento señalar es una mentalidad que nos atrapó y que, en muchos casos, no nos ha permitido avanzar. Por eso llamo gobierno presencial a una actitud posesiva, estática y sin proyección.

Hice referencia a la relación de Jesús con Sus discípulos como Maestro que caminó con ellos, y luego al Cristo que ascendió a la diestra del Padre. Mientras Jesucristo caminó con Sus discípulos, les enseñó con dedicación y esmero, ejerciendo plenamente el ministerio del Buen Pastor. Sin embargo, llegó el momento en que tuvo que dejarlos y decirles: *“Les conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Consolador no vendrá; pero si me voy, se los enviaré”* (**Juan 14:26**). Por supuesto, los discípulos no querían esto, y era lógico, pero era lo mejor que podía sucederles.

Cuando Cristo ascendió a la diestra del Padre, comenzó el ministerio apostólico de los discípulos. Ellos fueron enviados a hacer discípulos a todas las naciones, enseñando y bautizando, acompañados de señales poderosas (**Marcos 16:15 al 18**). Pero Jesús fue muy claro al indicarles que no debían hacerlo hasta ser investidos con poder de lo alto (**Hechos 1:8**). Cuando fueron llenos del Espíritu Santo, no solo recibieron poder, sino también dirección permanente de la voluntad de Dios.

Caminar con el Maestro facilitaba la obediencia: solo debían escuchar y hacer lo que Él decía, aun sin comprenderlo del todo. Pero cuando el Maestro se fue, quedaron desorientados hasta que fueron llenos del Espíritu Santo. A partir de allí comenzó el verdadero gobierno espiritual. Sin la presencia física del Maestro, el Espíritu tomó el gobierno.

“Debemos cambiar de una visión de gobierno presencial a una visión de gobierno espiritual.”

Quisiera, entonces, exponer algunas diferencias entre el gobierno presencial y el gobierno espiritual. Creo firmemente que, en esta era, Dios nos llama a hacer esa transición. En el año 2007 me retiré a un ayuno total por varios días y, en ese tiempo, además de recibir dirección para mi ministerio, el Señor me indicó que iniciara en la congregación una Escuela de Gobierno Espiritual. Así lo hice, y hasta hoy permanecemos en esa enseñanza. También

me impactó cuando el Señor me dijo que no llamara escuelita dominical a las clases de los niños, sino Escuela de Sabiduría Primaria. A través de estas directivas comprendí que Dios está profundamente interesado en que aprendamos a vivir bajo el gobierno de la sabiduría espiritual.

Analicemos estos conceptos. Desde el gobierno presencial, el pastor suele decir cosas como: “Yo te gané”, “Yo te cuidé, merezco que me honres”, “Vos sos de los nuestros”, “Si naciste acá, acá tenés que quedarte”, “No te juntes con gente de otras congregaciones”, “No participes de actividades ajenas a esta casa”, “No escuches enseñanzas de otros lados”, “Con todo lo que Dios hizo por tu vida, no podés dejar de servir acá”. Este tipo de conceptos generan falsas lealtades, compromisos emocionales y pactos que Dios nunca estableció.

En una iglesia con gobierno espiritual, usted no está en deuda con nadie. Dios lo trajo, Dios lo ganó, Dios lo sustenta, Dios lo levanta y Dios lo moverá cuando sea necesario. Él mismo lo instruirá respecto de Su voluntad y, algo muy importante, lo mantendrá sujeto a las autoridades que Él desidere, no por temor, manipulación o intimidación, sino por revelación.

En el Reino, el Señor es el apóstol, el profeta, el maestro, el pastor y el evangelista. Él es el Padre espiritual, la autoridad verdadera y quien reparte los dones. El Señor es todo en todos. Por supuesto, todo lo hace a través de

personas, y debemos reconocerlas; de lo contrario, caeríamos en una actitud igualmente dañina. Pero también es diabólico cuando los ministros creen que son ellos los padres, jefes y generadores de todo, y exigen reconocimiento enseñoreándose de los hermanos.

Los hombres y mujeres llamados a apacentar, guiar, ministrar e impartir son dignos de respeto, honra y reconocimiento por su tarea. Sin embargo, usted no está en deuda con los ministros. Lo que hacemos, no lo hacemos para la gente, sino porque el Padre nos envió a hacerlo. Servimos por un llamado divino, por el cual recibiremos recompensa eterna, y lo hacemos con un amor y una capacidad que no nos pertenecen, sino que nos fueron otorgados por Dios. El ministerio no tiene que ver con ser mejores que otros, sino con obedecer un mandato divino.

Además, los ministros no estamos llamados a gobernar personas, sino ambientes espirituales. No debemos poner nuestra expectativa en la gente, sino en la fe del Espíritu. De lo contrario, terminaremos heridos, frustrados o actuando desde lo almático o carnal, lo cual no solo es ineficaz, sino peligroso, porque la Iglesia del Señor es un cuerpo espiritual.

“El pastor no está llamado a gobernar gente, sino ambientes espirituales.”

He sido pastor y soy un maestro de la Palabra, que ejerce una función apostólica para muchos pastores. Si no

tuviera un llamado claro a ejercer estos dones, estaría pecando. Cada uno de los cinco ministerios debe ser establecido por un llamado divino, no por buena voluntad. A quienes tienen buena intención pero no claridad de llamado, les aconsejo que no se involucren en lo que Dios no les pidió, porque en el Reino las buenas intenciones no alcanzan.

Como pastor, traté de hacer todo lo que Dios me mandó a hacer y lo hice porque el Espíritu Santo me capacitó con amor y sabiduría. La gente que alguna vez pastoree, no puede decir que he tratado de enseñorearme de ellos. Si alguien en su momento, determinó irse a otra congregación, simplemente lo bendije y lo solté. Los pastores no somos dueños de las personas. Dios es quien las trae y Dios es quien las establece estratégicamente, pudiendo cambiarlas de congregación. He despedido hermanos con tristeza, pero sin dolor ni rencor, entendiendo que muchas veces es Dios quien está obrando, y oponerse a eso no es sabio.

En la mentalidad religiosa se dice: “Yo te gané para Cristo”. La verdad es que nadie puede ganar ni siquiera un osito de peluche. El único que gana almas es Cristo; nosotros solo somos instrumentos. El Espíritu Santo es quien convence de pecado, de justicia y de juicio, nosotros solo podemos anunciar el Evangelio.

Cuando alguien le dice: “Yo te gané”, ya sembró en la conciencia un pensamiento de deuda. Pero ningún hombre gana a otro hombre, Cristo lo hace. Por eso usted no debe

abandonar su propósito. En una iglesia con gobierno espiritual no se hacen cosas para quedar bien con nadie. Si usted ora o asiste a un culto para agradar al pastor, sus principios están equivocados.

Usted debe congregarse porque entendió por revelación que Dios lo guía y lo envía. Esa es una mentalidad apostólica. Debe comprender en su espíritu lo que significa no dejar de congregarse, no hacerlo por compromiso humano. De lo contrario, cuando el pastor falte o falle, vendrá la frustración y el reclamo. En el gobierno espiritual, así como usted no está en deuda con el pastor, el pastor tampoco está en deuda con usted.

“En el gobierno espiritual, usted no está en deuda con el pastor y el pastor no está en deuda con usted.”

Tampoco estamos en deuda con Dios. Cristo pagó la deuda. El evangelio es precisamente eso: sacarnos de la deuda y saldar nuestras cuentas. En una Iglesia con mentalidad de Reino sabemos quiénes somos, entendemos nuestras posiciones, nuestras posesiones y el pacto que tenemos con Dios. En una Iglesia apostólica la mente cambia; el pastor no apacienta “porque sí”, sino que entiende que hay recompensa espiritual y natural, y no se avergüenza de ello, porque no lo encubre ni lo manipula, sino que lo asume con transparencia.

Quiero que lo vea desde un plano natural. Si un pastor cuida un rebaño de ovejas, no lo hace por perder el tiempo, sino porque hay una ganancia legítima en ese trabajo. Y si usted está pensando en la figura del Buen Pastor y los asalariados, permítame aclarar algo: Jesús se refería a quienes no tienen vocación ni llamado, a aquellos que solo buscan el ministerio para ganar dinero. Pero cuando alguien es pastor por llamado y por amor, bien merece recompensa, tanto en esta vida como en la eterna.

En la mentalidad de Reino, el pastor apacentará su vida sin esperar nada de usted. No hará reclamos salariales ni afectivos; su expectativa estará puesta únicamente en el Señor. No hay deuda de la gente, porque es Dios quien, por pacto, asegura la recompensa. Esto evita frustraciones, reproches y ofensas.

La Escritura es clara: “*El obrero es digno de su salario*” (**1 Timoteo 5:18**); “*No pondrás bozal al buey que trilla*” (**1 Corintios 9:9**); “*Los que sirven al altar, del altar comen*” (**1 Corintios 9:13**). “*Así también ordenó el Señor que los que anuncian el evangelio vivan del evangelio*” (**1 Corintios 9:14**). Un pastor no debe depender jamás de la gente, sino de Dios, y la gente no debe diezmar ni ofrendar pensando en el pastor, sino en Dios, que es quien demanda y quien recompensa a Sus obreros.

Personalmente, como alguien que ejerció el pastorado, puedo decirle que fue el Señor quien me estableció, quien me

dio el mandato y quien me sostuvo hasta el tiempo que movió mi función al ministerio apostólico. Yo no dependo de la gente, aunque Dios use a muchos para bendecirme y sostenerme. Usted tampoco depende de su pastor; depende de Dios. Cuando el pastor entiende esto, no trabaja frustrado ni ofendido: simplemente dobla sus rodillas y habla con su Patrón.

Cuando la gente también lo entiende, deja de opinar o preocuparse por cuánto gana su pastor, a menos que esté dispuesta a discutir con Dios por la paga que Él determinó para Sus obreros. (Aclaro una vez más: estoy hablando de una Iglesia y de ministros con mentalidad de gobierno espiritual, no de aquellos que se dicen pastores y roban al pueblo; esos tendrán que rendir cuentas delante de Dios).

He visto con tristeza cómo algunas instituciones fijan el sueldo del pastor o cómo juntas de ancianos deciden cuánto debe ganar el siervo. Eso no es cuidado administrativo; es manipulación. La Iglesia de Reino no fabrica asalariados, sino que honra con doble honra, rompiendo los límites del pensamiento humano para alinearse con la voluntad divina, sabiendo que eso desata la bendición del Rey.

La mentalidad de gobierno presencial genera una deuda ética con el ministerio. Se enseña a hacer cosas para no quedar mal con el pastor o para evitar ser considerados rebeldes. Amado hermano, nunca haga nada para quedar bien con los hombres, y mucho menos por temor. Hágalo por el

Señor y para el Señor. Si hay alguien digno de temor, es únicamente Él.

Cada vez que ore, cada vez que asista a una reunión, cada vez que sirva en el templo o estudie la Palabra, hágalo por su comunión con Dios. Él sabrá recompensarlo a Su tiempo. Nunca lo haga esperando reconocimiento humano, porque eso solo conduce a la frustración.

“Un pastor no debe utilizar la manipulación, ni mucho menos el temor para conducir al pueblo.”

No estoy diciendo que esté mal hacer algo por amor a sus hermanos o a su pastor. Si es por amor, no habrá expectativas ni reclamos. El problema surge cuando se hace por compromiso, porque eso termina hiriendo el corazón. Conozco muchas personas lastimadas por haber hecho mucho y no haber recibido lo que esperaban a cambio. De la misma manera, un pastor jamás debe utilizar la manipulación o el temor para conducir al pueblo de Dios.

Como ministro del Señor, me lleno de gozo cuando veo a los hermanos orar, congregarse y servir. Me alegra saber que, al hacerlo, avanzan en su propósito y que yo también avanco en el mío al impartirles lo que el Señor me da. Hay gratitud mutua, pero no hay deuda.

Dios quiere que cambiemos la mentalidad de deuda por la mentalidad de la gracia. Que dejemos de hacernos

expectativas entre nosotros y fijemos los ojos en Cristo, avanzando hacia el propósito con fe y con actitud.

Jesús tuvo muchos discípulos, los envió de dos en dos con autoridad y poder, y ellos hacían cosas extraordinarias. Sin embargo, un día setenta se fueron por palabras que no entendieron. Jesús no se deprimió ni abandonó Su ministerio. Miró a los doce y les preguntó: “¿Ustedes también quieren irse?”. Ellos se quedaron porque comprendieron que solo Él tenía palabras de vida eterna.

Aun así, cuando lo apresaron, todos huyeron y lo negaron. A pesar de tantas manifestaciones sobrenaturales, uno de los doce lo traicionó. Pastorear el rebaño que le tocó a Jesús no fue fácil, pero Él no miraba a las personas desde lo natural, sino desde lo espiritual. De lo contrario, habría reaccionado de otra manera.

“Jesucristo fue un apóstol, un enviado por el Padre, y por eso no se hizo expectativas con nadie.”

Cuando Judas lo entregó, Jesús no mostró rencor ni resentimiento. Incluso la noche anterior le lavó los pies. Todo lo que hizo estuvo alineado con el propósito del Padre, no con las reacciones humanas. Jesús sabía que debía soportar un tiempo de gobierno presencial, pero también sabía que llegaría el día en que Sus discípulos caminarían sin Él, guiados por el Espíritu Santo.

El apóstol Pablo es un claro ejemplo de gobierno espiritual. Nunca caminó físicamente con Jesús, no presenció los milagros como los doce, pero recibió una revelación profunda y desarrolló su ministerio desde la dependencia absoluta del Espíritu Santo y entregó su vida en fidelidad hasta la muerte en Roma.

Ser enviado desde un gobierno presencial es limitado; puede funcionar en una etapa de inmadurez, pero sostenerlo en la adultería espiritual es enfermizo. Una congregación con gobierno presencial es dependiente de los hombres; una congregación con gobierno espiritual es dependiente del Espíritu de Dios y, por eso mismo, es ilimitada y poderosa, porque así funciona el Reino de Dios.



Capítulo cinco

LA UNCIÓN REVELADA

En este tiempo, las congregaciones deben recuperar la mentalidad de Reino, la mentalidad de conquista y la mentalidad de pacto. En el gobierno espiritual entendemos que Dios es quien nos ganó y quien nos cuida. Aunque caminamos en comunión con los hermanos, ayudándonos mutuamente, nuestra dependencia está en el cielo.

Los equipos apostólicos existen para edificar al pueblo en el servicio; por eso, los ministros son los más pequeños, pero con plena autoridad, sabiendo que no están por encima de los hermanos, sino por debajo de ellos. En el Reino, los que se humillan son exaltados. En el gobierno espiritual, los que sirven no pierden autoridad: la ganan.

“No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu; porque la letra mata, más el Espíritu vivifica.”

2 Corintios 3:5 y 6

En una mentalidad meramente pastoral es común escuchar expresiones como: “Respéteme, que yo soy el pastor”. En una mentalidad apostólica, como ministro, lo que anhelo es poder lavar los pies de cada uno, porque sigo siendo quien soy aun sirviendo desde lo más bajo. Para eso me puso el Señor. En el Reino, el que es menor será mayor ante Sus ojos, y el que sirve siempre será recompensado por Él. No se trata de aparentar humildad, sino de una cuestión profunda con Dios, no con los hombres.

Cuando Cristo lavó los pies de Sus discípulos, no los miraba desde lo natural, sino desde lo espiritual. Estaba impartiendo una enseñanza eterna que atravesaría generaciones, trastocando los valores culturales de su tiempo. Aquella tarea, considerada la más desprestigiada de la servidumbre, fue elevada a una de las más altas expresiones del Reino.

“Cuando un ministro es levantado por el Señor, no necesita mostrar su autoridad; simplemente se ve.”

Como pastor, no espero ganar autoridad manipulando a la gente. La autoridad ya me la dio el Señor; no es algo que deba demostrar, sino algo que poseo. Los ministros con mentalidad apostólica no buscan ganar autoridad: la ejercen. Tampoco deben caer en el autoritarismo, sino ejercer autoridad para gobierno. No por palabras persuasivas de humana sabiduría, ni por intimidación, manipulación o amenazas, sino desde la unción del Espíritu, porque es la

unción la que rompe todo yugo y toda fortaleza que se levanta contra el conocimiento de la verdad.

Un pastor puede decir: “Hermano, usted me tiene que respetar porque aquí yo soy el pastor”. Si esa autoridad fue dada por Dios, no necesita ser reclamada a los hombres. La autoridad verdadera se manifiesta desde la unción del llamado, y el llamado reside en el espíritu, no en la carne ni en una credencial ministerial.

Cuando Dios da algo, lo hace por gracia y no por merecimiento. Somos iguales en valor y dignidad delante del Señor; la diferencia es de orden y de gobierno, no para enseñorearnos unos de otros como los gobernantes de las naciones, sino para servir conforme al Reino (**Lucas 22:25**). La autoridad no se compra, no se exige ni se impone. Nadie es respetado porque grite “respétenme”, sino porque hay una unción visible que Dios colocó sobre su vida. El grito nunca será gobierno.

He visto en congregaciones con mentalidad pastoral a personas esforzándose por ser respetadas y obedecidas. Eso no debería suceder. Cuando hay revelación de la Palabra, la obediencia y el respeto fluyen naturalmente, porque la persona entiende los principios de Dios y sabe lo que le conviene.

“El que entiende espiritualmente algo, obedece y respeta la autoridad por revelación, no por miedo.”

En una mentalidad de gobierno espiritual, siempre se vive bajo la dependencia de la Palabra y rindiendo cuentas al Espíritu Santo. Alguien podría preguntar: “¿También se le rinden cuentas al pastor?”. Sí, respecto de las tareas encomendadas, porque dentro de la congregación el pastor es la autoridad para organizar y delegar funciones. Pero la rendición última y permanente es al Espíritu Santo, porque es a Él a quien debemos responder por lo que hacemos con nuestra vida.

Cuando esto no se entiende, las personas viven de una manera en la congregación y de otra muy distinta en su casa o en su trabajo. Eso es hipocresía. En el gobierno espiritual no se puede evadir la presencia del Espíritu Santo, porque Él es una realidad constante.

Hoy se habla mucho de integridad, santidad y consagración. Pero si alguien decide no obedecer una instrucción espiritual correctamente impartida, no le genera un problema al pastor; el pastor queda libre delante de Dios por haber enseñado la voluntad del Señor. El conflicto lo genera quien desobedece, porque en el Reino toda desobediencia trae consecuencias. Y aclaro: estoy hablando de mandatos espirituales, no de caprichos pastorales.

La autoridad y el llamado no deben ser reclamados. He visto personas que protestan porque sienten que no se les reconoce su llamado. Sin embargo, cuando el llamado es genuino, Dios mismo abre el ámbito para ejercerlo. La

autoridad es respaldada por una unción; si no hay unción, no hay autoridad. Tampoco necesita demostrarse: se revela sola cuando está, y cuando no está, nunca lo estuvo.

En una congregación con mentalidad apostólica no hay manipulación ni legalismo, pero sí hay gobierno. Los ministros deben decir y hacer lo que Dios les indicó, aun cuando eso no los haga populares. El Reino no se edifica sobre la simpatía de la gente, sino sobre la obediencia a Dios.

Jesucristo, como apóstol enviado por el Padre, hablaba y obraba con autoridad. Ser parte de una congregación con mentalidad renovada no significa ser liviano o permisivo. No es legalista, pero es absolutamente legal. Es una santidad que nace del corazón, no una santidad externa como la de los fariseos, a quienes Jesús llamó sepulcros blanqueados.

“Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de Su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.”

Mateo 7:28 y 29

La iglesia de gobierno espiritual funciona por revelación. La iglesia de gobierno presencial funciona por temor, por sujeción al hombre y, finalmente, por religiosidad. En muchos casos, incluso por manipulación o intimidación, lo cual en el ámbito espiritual no es otra cosa que hechicería.

Alguien podría decirme: “Pastor, hago esto porque me dijeron que lo haga. ¿Está mal?”. Depende. Si usted sabe que, la persona que se lo pidió, no tiene autoridad divina, entonces sí, está mal, porque no debemos agradar a los hombres, sino a Dios. Pero si usted entiende por revelación que es Dios quien está obrando y que, a través de una autoridad delegada, le está indicando algo, entonces obedezca con tranquilidad: Dios lo recompensará.

La revelación espiritual nos enseña que todo lo que hacemos debe ser hecho como para Dios. Cada vez que cuida su lenguaje, cada vez que decide cambiar una actitud, cada vez que se levanta a orar, cada vez que mejora su carácter, cada vez que rechaza la hipocresía en su vida, lo hace por revelación. Lo hace porque sabe que Dios lo está mirando y porque entiende que Él demanda el cambio. La razón es simple y profunda: todo lo nuestro, tanto lo bueno como lo malo, debe pasar por la cruz.

He visto personas a las que, cuando llega el pastor, les agarra un súbito ataque de limpieza y orden. Apenas ven estacionar el auto del pastor, corren para todos lados. Pero la verdad es que antes de que llegara el pastor, Dios ya los estaba mirando. Hay gente que habla mal o hace cosas indebidas, pero cuando el pastor está presente cambia radicalmente su actitud, cuidando gestos y palabras.

En una mentalidad de gobierno espiritual, usted toma la Biblia y apaga el televisor no porque llegó el pastor, sino

porque vive bajo convicción del Espíritu. Usted sabe que Dios lo está mirando y cuando Dios nos mira no lo hace para intimidarnos, sino con un amor tan profundo que produce convicción y transformación. No actuamos porque un hombre llegó a casa, sino porque entendemos la voluntad de Dios.

Cuando el pastor llega a su casa, todo debería ser absolutamente natural. Si usted esconde la botella de vino cuando el pastor entra, significa que cuando estaba bebiendo no se le había revelado que Dios lo estaba mirando. Si Dios lo estaba mirando, no hay nada que esconder. Disfrute con libertad aquello que Dios le habilite, pero asegúrese de que sea Dios quien lo habilita y no su propio corazón, porque de lo contrario estará pecando.

“Si Dios lo habilita, disfrute sin culpa; de lo contrario, estará pecando.”

Cuando abrimos la obra en esta ciudad comenzó a llegar gente herida de otras congregaciones, con conceptos muy distorsionados del evangelio. Una vez fui invitado al cumpleaños de una hermana, celebrado en un salón amplio. La comida estuvo muy bien y el ambiente fue tranquilo y natural. Nunca había enseñado a favor ni en contra de la música o del baile, y esa noche nadie me preguntó nada.

Alrededor de la medianoche, con mi esposa decidimos retirarnos porque al día siguiente teníamos servicio. Todos se

despidieron con cordialidad, pero cuando ya me había alejado unos metros escuché la música muy fuerte. No me llamó la atención por considerarlo algo malo, sino porque hasta ese momento todo había sido muy sobrio y tranquilo. Me di vuelta y miré por una ventana: la pista estaba llena y las hermanas bailaban con total libertad. No tengo ningún problema con eso, pero evidentemente estaban esperando que el pastor se fuera.

El problema no fue el baile, sino la actitud. Eso revela una mentalidad de gobierno presencial: si el pastor no está, pareciera que Dios tampoco. Esto ocurrió en una celebración inocente, pero expone un estado de conciencia equivocado que, con el tiempo, puede causar mucho daño.

“Hacedlo todo para la gloria de Dios.”
1 Corintios 10:31

Amado lector, habrá notado que en este capítulo he confrontado tanto el autoritarismo, la manipulación y el legalismo en algunos ministros, como la rebeldía y la hipocresía en algunos hermanos. Lo hago porque he visto ambas cosas. He visto ministros manipuladores aprovechándose de la gente y también ministros genuinos del Espíritu ignorados por personas rebeldes. He visto hermanos nobles abusados por autoridades, así como hermanos manipuladores intentando controlar a sus pastores.

Esto no debe ser así. La Iglesia es del Señor, no de los hombres. Tengamos temor de Dios en este tiempo. Seamos ministros o laicos, cuidemos de respetar a Dios, a las autoridades que Él estableció y a todos los miembros del Cuerpo, que son nuestros hermanos.

“Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios... y los que resisten, acarrean condenación para sí mismos.”

Romanos 13:1 y 2

Pero también la Escritura advierte:

“Entre ustedes habrá quienes se crean maestros enviados por Dios, sin serlo. Ellos introducirán enseñanzas falsas y peligrosas...”

2 Pedro 2:1

Aquí vemos dos exhortaciones claras: sujetarnos a las autoridades y, al mismo tiempo, discernir que no todas las autoridades son verdaderas. Pero existe aún otro peligro: ministros que sí fueron levantados por Dios, que comenzaron bien, pero que con el tiempo terminaron operando bajo un espíritu de religiosidad que los volvió autoritarios, manipuladores y malos administradores de la gracia.

Tengo la certeza de que muchos de ellos aman al Señor, pero han sido engañados por espíritus de control que terminan dañando a la gente con enseñanzas distorsionadas y

prácticas injustas. A esos ministros solo les digo esto: aun a regañadientes, hagan como Naamán. Tengan la humildad de considerar esta posibilidad. Métanse en el río de la gracia las veces que sea necesario y salgan con la piel como la de un niño.

Dios no nos necesita cubiertos de las costras que deja la lepra de la religiosidad. Nos necesita limpios, sanos, humildes y sensibles, como niños que le sirvan con alegría, con libertad y con mucho amor.



Capítulo seis

EL GOBIERNO ESPIRITUAL

Las personas no pueden ser gobernadas directamente, sino a través del control de un ambiente. Los gobernantes de naciones, provincias o ciudades toman decisiones sobre territorios, según la autoridad que les fue conferida, pero no gobiernan personas; gobiernan contextos. Aunque piensen en la gente, no actúan desde lo emocional, sino desde lo que consideran beneficioso para la región que les fue asignada.

Por eso observan el mercado interno y externo, analizan estadísticas, números y proyecciones, y establecen políticas de gobierno sobre un territorio. Dentro de ese territorio estamos nosotros y todas las personas que lo habitan.

Algunos deciden obedecer las leyes y disposiciones del gobierno, mientras que otros optan por resistirlas. Por eso existen quienes trabajan a favor del gobierno y quienes se rebelan contra él.

El hombre no nació para ser gobernado por otro hombre, aunque muchos lo intenten. Los gobiernos de facto o militarizados utilizan la fuerza, el temor, la represión y hasta la muerte para imponer su dominio. Clausuran medios, limitan libertades y pretenden controlar la vida de la gente. Sin embargo, aun esos gobiernos perversos solo pueden gobernar ambientes, no corazones. Pueden presionar, intimidar y amenazar, pero el interior del hombre sigue siendo libre. Por eso, en esos sistemas siempre hay muertos y desaparecidos: porque hay quienes jamás se dejan gobernar por esos modelos diabólicos. Algunos obedecen por miedo, pero gobernados, nunca.

“Gobernar personas es una soberanía exclusiva de Dios, y lo hace con toda autoridad y derecho.”

Cuando un gobierno administra bien un territorio, la misma gente desea que continúe. Colabora, apoya y vuelve a otorgarle autoridad. Así funciona el principio: se gobernan ambientes que contienen personas, no personas directamente.

Gobernar personas es potestad exclusiva de Dios, y Él nunca lo hace por imposición violenta, sino que primeramente imparte revelación. El gran error de Adán fue querer gobernar un ambiente sin dejarse gobernar por Dios. Esa fue su caída... y también la nuestra, cada vez que lo intentamos de esa manera.

Cristo recuperó para nosotros el gobierno divino. En Él tenemos la oportunidad de volver al diseño original del Padre, dejándonos gobernar por Su Espíritu para ser conducidos al propósito y a la bendición. Ya conocemos la escuela de Adán: terminó fuera del huerto, sudando para sobrevivir.

Dios desea que volvamos a Él, que nos dejemos gobernar y que maduremos a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo, para que, como miembros de Su cuerpo, manifestemos el Reino de los cielos en la tierra. Por eso estableció cinco unciones que interpretan y traducen los diseños divinos para el pueblo. Ninguna puede funcionar de manera independiente, porque todas cooperan para perfeccionar a los santos. Pero en ningún momento Dios determinó que esas unciones gobiernen personas.

Llevemos esto al plano espiritual. Muchas veces, ese espíritu de manipulación y control se infiltra en la Iglesia. Se busca obediencia forzada. Iglesias que han funcionado bajo este modelo han tenido mucha gente, pero también han perdido generaciones enteras. Muchos hijos que asistieron por miedo o imposición, cuando tuvieron libertad para decidir, se alejaron. Nunca se conectaron con el Espíritu, sino con un gobierno humano.

Por eso, una Iglesia con mentalidad de Reino, es decir, que funciona por revelación, no utiliza manipulación,

intimidación ni amenaza. De hacerlo, deja de ser una Iglesia de Reino.

“Una iglesia con mentalidad de Reino funciona por revelación, no por intimidación.”

Si la voluntad de Dios se nos revela, avanzamos. Si no, nos perdemos el propósito. Dios opera por revelación, y el riesgo de ese modelo es que muchos se pierdan los beneficios de la obediencia.

Pensemos en un ejemplo sencillo: si alguien entra a trabajar en una fábrica y se le explica claramente que la asistencia trae recompensa y la tardanza descuento, no necesita que el patrón se lo recuerde todos los días. La revelación del beneficio y la consecuencia gobierna su conducta.

Así sucede en lo espiritual. Cuando recibimos una revelación de Dios, caminamos en ella no por opresión, sino porque entendimos la Palabra. No es amenaza, es convicción. Si amamos a Cristo, lo seguimos. Si lo amamos más que a nuestra propia vida, alcanzaremos el propósito. El Señor fue claro: el que quiera seguirlo debe negarse a sí mismo, tomar su cruz y obedecer. El que quiera defender su vida y sus derechos puede hacerlo, pero el propósito eterno de Dios no se detiene; simplemente algunos se lo pierden.

En una iglesia de gobierno militarista hay presión y amenaza, porque hay desesperación por controlar. En una iglesia de Reino hay revelación. Por eso hablamos desde la gracia y no desde el miedo. No es un evangelio liviano, es un evangelio revelado. Tal vez sean pocos los que entiendan, pero esos harán proezas con Dios.

Lamentablemente, quienes no reciban revelación y vivan refugiados en excusas perderán la oportunidad de honrar al Padre y vivir en plenitud. Algunos disfrutarán de lo que otros conquistan, pero nunca serán protagonistas.

“Nuestras reuniones deberían ser el ambiente ideal para que el cuerpo de Cristo sea edificado.”

Si alguien asiste a las reuniones con el corazón endurecido, con disgusto o solo esperando que terminen, se perderá lo que Dios tiene para su vida. Nuestras reuniones no son un ritual: son ambientes espirituales de impartición. Dios mira los corazones, no las apariencias. Al cuerpo se entra por justicia, no por obras externas.

La voluntad se quiebra; la revelación permanece. Por eso, quien tuvo un encuentro genuino con Cristo nunca se aparta definitivamente. Puede desviarse, puede confundirse, pero volverá. ***“El esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí permanece para siempre”*** (Juan 8:35).

Cuando uno se pregunta como hizo Noé para trabajar más de cien años construyendo un barco, la respuesta es fácil: “Revelación”. La revelación nos hace responsables y sin responsabilidad no hay gobierno.

En nuestra casa, en nuestro hogar, en nuestra economía pasa lo mismo, a veces no logramos establecer gobierno, descubrimos así que los ambientes también están vivos, pero como no tenemos lucha contra sangre y carne y los ambientes tienen vida espiritual, entonces tenemos que gobernar desde el espíritu, y no se puede gobernar si no se es responsable porque para poder gobernar hay que ser parte del cuerpo y nadie puede ser parte del cuerpo si no es responsable. No existen los miembros irresponsables. Usted no puede tener un funcionamiento parcial de su cuerpo porque algunos miembros son irresponsables, su cuerpo está bajo el gobierno de la cabeza con total responsabilidad, de no ser así estará evidenciando alguna enfermedad.

Por ejemplo nunca votaríamos para que nos gobierne una persona que no es responsable, los irresponsables no pueden gobernar nada, ni su propia vida, por eso una persona irresponsable visita, por ejemplo al médico y este le dice que debe cuidarse en las comidas, que no debe comer grasa, ante su falta total de responsabilidad siempre pondrá una excusa y terminará comiéndosela igual, vemos entonces que no puede gobernar su vida, mucho menos gobernará su ambiente porque todo es cuestión de revelación.

Por el contrario, una persona responsable, toma el consejo y lo pone por obra, por eso en lo espiritual Dios cada vez que nos habla nos da consejo y nos exhorta a seguirlo, sin embargo la iglesia evidencia la falta de responsabilidad y mientras lo siga haciendo, el cuerpo no podrá madurar a la estatura de la plenitud que Dios espera y lo que es peor, no podrá manifestarse al mundo que tanto lo necesita.

El Reino de los cielos no puede gobernar la tierra y la creación toda, si no lo hace desde el cuerpo de Cristo, porque así lo ha diseñado el Padre en su sola potestad. Cristo es el segundo Adán, al menos en orden de aparición, y así como el Padre había comisionado al primero a señorear y a sojuzgar, lo ha determinado con el segundo, para ello está la Iglesia que es su cuerpo, la plenitud de aquel que lo llena todo. **(Efesios 1:23)** Por lo tanto, no puede haber gobierno espiritual, si no hay gobierno de la cabeza a los miembros.

“No puede haber gobierno espiritual, si no hay gobierno de la cabeza a los miembros”

Al cuerpo no se llega por buena voluntad, sino por revelación y se funciona por ella. La buena voluntad es imperfecta, pero la revelación no pone excusas. Cuántas veces el Señor manda a sus hijos a congregarse y sin embargo cuando alguien no lo hace, simplemente expondrá su excusa creyendo que tiene razón. Cuántas veces Dios manda a su pueblo a orar, pero cuando confrontamos a un hermano que no oró, seguramente tendrá una excusa de por qué no lo hizo

y eso no es problema para convivir, pero para gobernar es clave y el Reino está para ejercer gobierno, no para jugar a los evangélicos.

Cuando actuamos solo desde una actitud natural, sin revelación espiritual, los únicos perjudicados somos nosotros mismos. Formamos parte de una generación que tiene hoy su oportunidad, y cuando vivimos con irresponsabilidad perdemos lo que Dios quiere hacer con nosotros. Necesitamos responsabilidad y actitud. La responsabilidad es necesaria para pertenecer al cuerpo, y pertenecer al cuerpo es indispensable para gobernar espiritualmente. De eso se trata el Reino de los cielos.

En Hebreos capítulo cinco, versículos siete al nueve, leemos: *“Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que podía librarlo de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen.”*

Nadie puede gobernar si antes no aprende a obedecer. Para ejercer gobierno es necesario, primero, saber obedecer. La obediencia es el fruto de la madurez y de la revelación. Por ejemplo, nunca le entregaríamos un vehículo a un hijo desobediente. A un irresponsable no se le puede confiar gobierno alguno, porque gobernar es administrar con responsabilidad.

¿Y cómo se manifiesta la responsabilidad? A través de la obediencia a los principios. Para que exista responsabilidad se necesitan dos cosas fundamentales: libertad y ley.

Sin libertad no puede haber responsabilidad. No se le puede exigir responsabilidad a un cautivo. Nadie acusaría a un preso por no asistir al trabajo. Tampoco se le exige responsabilidad a un niño, porque aún no tiene la madurez necesaria. Usted no puede responsabilizar a alguien atado de pies y manos. Por eso comprendemos que Dios no exige responsabilidad a los cautivos, sino a los que han sido liberados. Y como la libertad es un proceso, quizás por eso no siempre somos efectivos.

“Dios no demanda responsabilidad a los cautivos, sino a los que hemos sido liberados.”

La segunda condición para la responsabilidad es la ley. Toda ley demanda obediencia. Si no existiera la demanda, no haría falta obedecer. Dios no es legalista, pero sí es absolutamente legal. Su legalidad es inquebrantable. Y aunque nos ama con amor eterno, estableció un abogado que intercede por nosotros cuando fallamos por irresponsabilidad.

La responsabilidad nace de la obediencia, y la obediencia es fruto de la madurez. Por eso ni los niños, ni los animales, ni los faltos de entendimiento pueden obedecer

plenamente. En el antiguo pacto, cuando alguien debía expiar sus pecados, ofrecía un animal. Dios no rechazaba la sangre inocente, porque el animal nunca había sido responsable de nada: actuaba conforme a su naturaleza.

El cordero no pecaba porque nunca se le había exigido responsabilidad. Por eso su sangre era aceptada. En cambio, el hombre, con su naturaleza caída, jamás pudo ofrecer su propia sangre para expiación, porque siempre fue rebelde de corazón.

Pero hubo Uno que aprendió obediencia. Si Cristo no hubiera aprendido obediencia, nunca habría podido ir a la cruz. El hombre fue llamado a obedecer, pero fracasó por su rebeldía. Entonces el Padre envió al Hijo para ocupar ese lugar. Por eso el hombre no está capacitado, por sí mismo, para gobernar ni para ser gobernado. La rebeldía está en su naturaleza caída.

Cuando Dios le dijo al hombre que no comiera del fruto, el hombre desobedeció. Desde entonces, la humanidad se ha rebelado contra la voluntad de Dios. Las cosas cambiarán cuando haya un quiebre profundo y el hombre vuelva a Dios aceptando voluntariamente Su gobierno.

“Debemos vivir bajo el gobierno de Dios, de lo contrario no tendremos gobierno de nada.”

Cuando el Espíritu Santo gobierna nuestra vida, podemos ejercer gobierno sobre ambientes, nunca sobre personas. Cristo es el ejemplo perfecto. Él aprendió obediencia al Padre, fue responsable y, por eso, pudo ejercer autoridad. Un irresponsable jamás podrá gobernar.

La obediencia se aprende, y aprenderla duele. Obedecer implica renunciar a derechos. Pero esa renuncia produce fruto. Si Dios nos manda a hacer algo y no obedecemos, perdemos autoridad espiritual. Luego no podemos pretender ejercer gobierno en el mundo espiritual. Primero debemos someternos al gobierno de Dios con obediencia absoluta.

En Sus diseños, Dios nos llama a volver a Él, a dejarnos gobernar, recibiendo Su voluntad por la revelación de la Palabra escrita y profética, mediante la obra del Espíritu Santo. En obediencia, recibimos por gracia la autoridad y el poder de Cristo para gobernar ambientes, llenándolos de luz y de unción. La luz disipa las tinieblas y la unción rompe todo yugo. Cuando esto sucede, el Reino de los cielos se manifiesta con poder.

Dios no pensó en fundar una religión más ni en levantar un pequeño sistema eclesiástico. Pensó en establecer el Reino de los cielos en la tierra, gobernando al hombre para que el hombre gobierne en Su nombre. Esto es algo que la Iglesia muchas veces no ha entendido, quedándose encerrada

entre cuatro paredes y conservando estructuras que deben ser derribadas.

Este tiempo es maravilloso si sabemos abrazarlo. Es un tiempo de apertura, revelación, reforma y conquista. Tal vez usted lo perciba, tal vez no, pero Dios va a sacudir a Su Iglesia para despertarla. Antes del sacudón, es mejor decir: “Estoy despierto. Estoy dispuesto. Enséñame a mí.”

En **Lucas 22:39 al 46** encontramos el momento de Getsemaní. Jesús, consciente de lo que vendría sobre Su humanidad, clamaba con fervor al Padre. Fue el instante decisivo en el que optó por la obediencia, haciéndose responsable aunque no era culpable de nada.

Los discípulos no pudieron acompañarlo ni siquiera en oración. Jesús les pidió que velaran, pero se durmieron. Allí estaba por cumplirse el acontecimiento más trascendente de la historia de la creación, y ellos dormían. Esto refleja la condición de gran parte de la Iglesia hoy.

La palabra tentación que usa Jesús es “*peirasmós*”, que significa prueba, experiencia, adversidad. Los discípulos, al no obedecer, no pudieron gobernar las circunstancias que siguieron.

Cuando Jesús estaba en agonía, oraba con mayor intensidad. Es una enseñanza clara para nosotros. Luego les dijo: “Levantaos”, que en griego es “*anístemi*”, es decir:

levantarse, pónganse de pie, resuciten. Hoy la Iglesia debe despertar de su letargo, levantarse, superar la prueba y gobernar en medio de los acontecimientos finales.

“Más todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas; porque la luz es lo que manifiesta todo. Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, Y levántate de los muertos, Y te alumbrará Cristo. Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor”

Efesios 5:13 al 17

“Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz”

Romanos 13:11 y 12



Capítulo siete

GOBERNANDO DESDE EL CUERPO

Uno de los mayores problemas de la Iglesia en la actualidad es la falta de discernimiento del cuerpo de Cristo. El pecado nos impide ver a Cristo, pero la falta de compromiso nos impide ver el cuerpo. Es decir, por la gracia de Dios hemos podido ver a Cristo y por eso nos convertimos, pero la desobediencia y la irresponsabilidad nos impiden reconocer el cuerpo.

¿Sabe cuál es uno de los mayores conflictos de la Iglesia hoy? El individualismo. Muchos no disciernen el cuerpo de Cristo, y por eso toman decisiones livianas sin ningún tipo de conciencia espiritual. Hoy cualquiera puede determinar “tomarse un tiempo” y dejar de congregarse sin siquiera considerar que está haciendo algo incorrecto. Es más, si alguien le pregunta, puede llegar a responder con total liviandad: “¡No, yo estoy bien! Con Dios no tengo ningún problema, solo me tomé un tiempo”.

No hay revelación del cuerpo. No entiende que con su actitud está afectando a toda la congregación. Un miembro

de nuestro cuerpo físico jamás actuaría de esa manera, ¿verdad?

“Nadie puede pretender gobierno por haber creído; es el cuerpo el que gobierna.”

Las personas actúan así porque no ven el cuerpo, y quien no ve el cuerpo no es parte de él. Y si no somos parte del cuerpo, no podemos ejercer gobierno. El gobierno espiritual en la tierra lo ejerce Cristo a través de Su cuerpo, no un cristiano de manera individual e independiente. Nadie puede pretender autoridad solo por el hecho de haber creído; es el cuerpo el que gobierna.

Cristo gobierna desde el cuerpo, y nosotros somos los miembros de ese cuerpo. Por eso la Palabra enseña que cuando somos bautizados, somos sumergidos en un cuerpo. Lo que hacemos afecta al resto del cuerpo. Si no comprendemos esto, es porque no estamos funcionando como parte de él. Podemos ser salvos, sí, pero no tendremos gobierno. Seremos simples espectadores.

Es decir, podemos tener salvación, pero no influencia espiritual; no veremos cambios en nuestra ciudad, en nuestro hogar ni en nuestro entorno, porque no estamos operando desde el cuerpo, sino desde la individualidad, el capricho y la independencia.

Tenemos autoridad y poder, pero solo funcionan en la unidad de la fe y del conocimiento. Como miembros del cuerpo de Cristo, tenemos la autoridad de Cristo; pero individualmente somos como espectadores sentados en la platea. Hay cosas que solo funcionan desde el cuerpo activo, no desde la experiencia personal ni desde las canciones que cantamos.

Por eso, cuando el apóstol Pablo enseña en Efesios que nuestra lucha no es contra sangre ni carne, y luego describe las huestes espirituales de maldad, nos exhorta a vestirnos de toda la armadura de Dios. Esa armadura no es individual: es del cuerpo. Es un cuerpo el que sale a la guerra. Es el cuerpo del nuevo hombre el que ora, el que intercede, el que gobierna y el que expulsa las tinieblas de una ciudad.

No es una persona aislada. Por eso, cuando alguien dice: “Yo estoy bien con Dios”, demuestra que no ha entendido nada. Esto no se trata de uno solo, se trata de todos. Hay batallas que solo se ganan juntos. Por eso Dios está derribando fortalezas entre congregaciones, porque debe revelarse que es entre todos, no a través de un “ungido famoso” ni de una congregación privilegiada. La competencia y la búsqueda de reconocimiento evidencian que todavía no hemos entendido Reino.

“Es el cuerpo de Cristo el que debe gobernar una ciudad, no una congregación privilegiada.”

Necesitamos buscar la unidad entre las congregaciones para que la Iglesia de la ciudad sea levantada. Pero esa unidad debe ser espiritual, no una fachada religiosa ni una hipocresía institucional. Aunque esta unidad es una obra sobrenatural que Dios hará, cada congregación puede comenzar a caminar en esa dirección. Lo importante es comenzar.

Si anhelamos unidad a nivel ciudad, primero debe manifestarse dentro de cada congregación. Y muchas veces ni siquiera logramos eso.

Para funcionar en el gobierno espiritual de una ciudad, primero debemos tener nuestra vida y nuestro hogar bajo el gobierno del Espíritu Santo. No significa tener todo perfecto, sino todo rendido. Si no podemos gobernar nuestro carácter, nuestros ojos, nuestra boca o nuestro cuerpo, no podemos pretender gobernar ambientes espirituales.

El gobierno es progresivo. A medida que maduramos, el gobierno se amplía. Por eso es necesario aprender a gobernar lo pequeño. El cuerpo de Cristo es espiritual. Todo lo meramente natural no puede formar parte de él. La carne y el pensamiento carnal no pueden integrar el cuerpo de Cristo.

Por esta razón el Señor nos llama a morir al yo. Si cada uno opera desde su individualidad, jamás seremos un organismo espiritual. El cuerpo debe amar más el propósito de Dios que la vida de cada uno de sus miembros. Por eso lo

primero que hizo Jesús fue aprender obediencia. Sin obediencia, jamás habría tenido gobierno de ambientes ni habría podido llegar a la cruz.

“Lo primero que hizo Jesús fue aprender obediencia, porque sin ella jamás habría tenido gobierno.”

Si Jesús no hubiese obedecido las directivas pequeñas del Padre, nunca habría llegado a la obediencia suprema de la cruz. Y si hoy exhortamos a la Iglesia a orar y no ora, ¿cómo pretendemos que muera a deseos más profundos para gobernar una ciudad?

Si no podemos obedecer cosas básicas, como un horario, un principio de lenguaje, una instrucción sencilla, ¿cómo obedeceremos aquello que tiene un alto costo espiritual? Siempre habrá una explicación para justificar la desobediencia, pero debemos entender esto: nuestro nivel de obediencia determina nuestro nivel de responsabilidad, y nuestro nivel de responsabilidad determina nuestra autoridad para gobernar.

Dios no puede conducirnos a propósitos mayores si no obedecemos lo esencial. La falta de obediencia es una falta total de responsabilidad, y la irresponsabilidad nos deja fuera del cuerpo, quitándonos todo gobierno espiritual.

El Padre gobernó a Cristo; Cristo gobernó a Jesús; y Jesús gobernó los ambientes. Cristo no podría haberse

manifestado en Jesús si Jesús no hubiera muerto a su yo. Jesús siempre estuvo sujeto a un gobierno superior, y por eso los demonios le obedecían: porque Él obedecía al Padre.

Cuando una Iglesia no logra gobernar los ambientes de una ciudad, la causa es simple: no está obedeciendo al Espíritu Santo. Y cuando no hay obediencia, no puede haber gobierno.

Jesucristo nos dejó el modelo más claro del gobierno espiritual. Su autoridad sobre la creación y sobre los demonios fue consecuencia directa de Su obediencia. Y Jesús es la Iglesia, y la Iglesia es Su cuerpo. La pregunta entonces es inevitable: ¿Está todo el cuerpo obedeciendo a la cabeza?

Aquí debo expresar algo de suma gravedad: he llegado a la conclusión de que, aunque nosotros contemos miembros, para Dios solo son miembros aquellos que responden a la cabeza. La cabeza tiene dominio total sobre el cuerpo, y los miembros que no obedecen no son considerados como tales por el Señor.

“Para Dios, solo son miembros del cuerpo de Cristo los que responden a la cabeza.”

Si por causa de una amputación una persona tuviera que usar una prótesis, por más real que esta parezca, nunca estará sujeta a las órdenes de la cabeza. Por lo tanto, esa persona tampoco la considerará parte activa de su organismo.

A lo sumo la utilizará por una cuestión funcional o estética. Puede incluso cumplir alguna función que beneficie al resto del cuerpo, como apoyo o agarre, pero jamás pertenecerá verdaderamente al cuerpo.

Esa prótesis no tiene vida, no recibe impartición del resto del organismo, no late con el cuerpo y jamás lo hará. Por eso puede ser quitada sin que el cuerpo deje de existir. Está, pero sin vida. Hoy creo que tenemos algunos “miembros ortopédicos” dentro de la Iglesia, y eso es totalmente innecesario para los diseños de Dios.

Si el Reino se trata de gobierno y nosotros somos el cuerpo de Cristo, debemos comprender que, para gobernar sentados con Él en los lugares celestiales, primero el Espíritu Santo debe gobernar nuestras vidas mediante una entrega y rendición genuinas. Si Dios nos gobierna a nosotros, entonces nosotros podremos gobernar todo aquello que Él nos haya confiado en mayordomía.

Si Dios nos gobierna, podremos gobernar nuestra vida para Su gloria: nuestro cuerpo, nuestro tiempo, nuestras relaciones, nuestra familia y nuestra economía. Porque si no podemos gobernar el bolsillo, nunca podremos gobernar un principado. Por eso es tan importante que la Iglesia comprenda la gravedad de no desarrollar los dones, los talentos, la unción y todo aquello que el Señor, en Su gracia, nos ha otorgado.

La adversidad comienza cuando alguien se va saliendo del cuerpo por irresponsabilidad o desobediencia. Dios, en Su gracia y en Su amor, nos bautizó en el cuerpo; pero si una persona comienza a justificarse una y otra vez en sus fallas de obediencia, poco a poco quedará fuera de él.

Si cada vez que el cuerpo demanda la acción de uno de sus miembros este no responde; si cada vez que el cuerpo se reúne para orar, no está; si cada vez que hay que colaborar, tampoco está; entonces terminará evidenciando que no forma parte del cuerpo. No es sensible a sus estímulos, y con esas actitudes el cuerpo deja de registrarlo. Debemos comprender que todo lo que Dios quiere hacer en este tiempo, lo hará por medio del cuerpo de Cristo.

Por eso Dios nos manda a reunirnos. Tal vez alguien se pregunte: Si la mentalidad de Reino es fuera del templo, ¿por qué Dios insiste tanto en que nos congreguemos? La respuesta es sencilla. Si un padre tiene hijos ya adultos, independientes, cada uno con su familia, eso está bien; pero ¿qué sucede cuando ese padre desea tenerlos a todos sentados a la mesa un domingo? ¿No es eso algo hermoso? ¿Y qué pensariamos si uno de los hijos nunca aparece o solo lo hace de vez en cuando? Evidentemente algo no está bien.

La Palabra dice que Dios desea reunirnos, porque somos Sus hijos, porque quiere vernos en comunión, porque quiere dirigirnos, equiparnos, impartirnos vida; y porque allí

El derrama bendición y vida eterna (**Salmo 133**). ¿Podremos negarnos al diseño que el Padre pensó para Su casa?

“El Espíritu Santo está en todos lados, pero Su objetivo es unir el cuerpo.”

Donde se reúnen los hijos, allí está el cuerpo. Por eso el Señor dijo: **“Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy Yo”** (**Mateo 18:20**). Si no hay reunión, no hay cuerpo manifestado. El Espíritu Santo está en todo lugar, pero Su obra específica es unir el cuerpo. El problema es que quienes no son del cuerpo no oyen Su voz.

El Padre, la sangre, el cuerpo, el Espíritu Santo, la fe y la esperanza constituyen nuestra verdadera unidad. Cuando el Señor instituyó la Santa Cena y habló del pan, dijo que debía tomarse y partirse. Primero el pan está entero, luego se corta en pedazos para que cada uno coma una porción. Esa enseñanza es profunda: no somos muchos panes, somos un solo pan. Jesús dijo: **“Yo soy el pan de vida”**.

El pan se trae entero y se reparte, pero se va tan entero como llegó. Aunque se distribuya entre muchos, sigue siendo uno. Así es el cuerpo de Cristo: uno solo, aunque se exprese en muchos.

Cuando comemos el pan debemos recordar las palabras del Señor: **“Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí”** (1

Corintios 11:24). Si hay comunión y unidad, hay cuerpo. Si no hay unidad, solo hay pan. Por eso el Señor nos llama a examinarnos, a pedir perdón, a resolver conflictos, porque sin unidad no hay cuerpo.

“Arreglemos toda situación de conflicto, porque si no hay unidad, no hay cuerpo.”

El pan se convierte en cuerpo cuando hay unidad. El Espíritu Santo siempre viene a unir, a convencer de pecado, de justicia y de juicio. La desunión jamás será justicia para el cuerpo. La fragmentación nunca manifestará al cuerpo de Cristo en plenitud, y eso es justamente lo que el mundo necesita.

Por eso Pablo advierte: **“Porque el que come y bebe sin discernir el cuerpo del Señor, come y bebe juicio para sí”** (**1 Corintios 11:29**). No está hablando de la comida, sino de los hermanos que tenemos al lado.

¿Cree usted que el Espíritu Santo alguna vez le diría que no se congregue, que se quede descansando? Jamás. Él anhela reunir al pueblo, unirlo, traerlo a la comunión. Es allí donde el Padre se complace en soltar poder.

Cuando Dios nos habla una palabra de fe, la habla para el cuerpo, no para el individualismo. Dios desea que el cuerpo gobierne. El problema es que hay demasiadas individualidades. Muchos solo piensan en sus propias

circunstancias y no en el propósito corporativo, y ese no es el diseño de la casa.

Mientras algunos se entregan en obediencia, otros se desentienden. Y eso tiene consecuencias: el cuerpo no se manifestará en gobierno. Dios termina respaldando a quienes responden, pero el diseño es que sea el cuerpo entero el que deseate una ola de unción sobre la ciudad.

La Iglesia es un organismo vivo. El propósito nos debe importar a todos. El territorio nos debe importar a todos. Porque la tierra se libera juntos, o no se libera. Dios no lo hará con uno solo; no porque no pueda, sino porque no quiere hacerlo de otra manera que no sea por medio de un cuerpo unido.

Donde hay verdadera unidad, allí está el cuerpo. Donde está el cuerpo, está la unción. Y donde está la unción, hay libertad y gobierno.

Esta conciencia debe ser formada desde el liderazgo. No podemos permitir que el humanismo ocupe los púlpitos, porque solo alimenta el ego y la individualidad. Debemos impartir el diseño correcto y, además, modelarlo con nuestra propia vida, caminando en unidad con otros pastores y ministerios.

Sé que no es fácil. Hay diferencias, heridas y malas experiencias. Pero al menos debemos orar por una unidad

verdadera y hacer todo lo que esté a nuestro alcance para caminar hacia ella.

Debemos dejar de competir y de criticarnos. Una iglesia no es mejor por ser más grande, ni un ministro es mejor por ser famoso. Según el diseño de Dios, algunas iglesias serán grandes y otras no. Jesús tuvo setenta discípulos; luego se le fueron casi todos, le quedaron doce, y el tesorero era ladrón. Humanamente no parece un ministerio exitoso... pero pregunto: ¿lo fue o no lo fue?



Capítulo ocho

LA CASA DE DIOS

La primera mención de esta expresión en la Biblia se encuentra en el libro de Génesis, capítulo veintiocho, versículos diez al diecinueve. Le invito a leer este pasaje con atención y detenimiento. He elegido la versión Dios habla hoy porque, aunque no varía ni el texto ni el contexto, utiliza palabras muy acordes al objetivo que persigo en este cierre:

“Jacob salió de Beerseba y tomó el camino de Harán. Llegó a cierto lugar y allí se quedó a pasar la noche, porque el sol ya se había puesto. Tomó como almohada una de las piedras que había en el lugar y se acostó a dormir. Allí tuvo un sueño: veía una escalera que estaba apoyada en la tierra y llegaba hasta el cielo, y por la cual los ángeles de Dios subían y bajaban. También veía que el Señor estaba de pie junto a él y le decía: ‘Yo soy el Señor, el Dios de tu abuelo Abraham y de tu padre Isaac. A ti y a tus descendientes les daré la tierra donde estás acostado. Ellos llegarán a ser tantos como el polvo de la tierra y se extenderán al norte y al sur, al este y al oeste; y todas las familias del mundo serán bendecidas por medio de ti y de tus descendientes. Yo estoy contigo; voy a cuidarte por dondequieras que vayas y

te haré volver a esta tierra. No voy a abandonarte sin cumplir lo que te he prometido’.

Cuando Jacob despertó de su sueño, pensó: ‘En verdad el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía’. Tuvo mucho miedo y dijo: ‘¡Qué lugar tan sagrado! ¡Aquí está la casa de Dios! ¡Esta es la puerta del cielo!’.

A la mañana siguiente Jacob se levantó temprano, tomó la piedra que había usado como almohada, la puso de pie como un pilar y la consagró derramando aceite sobre ella. A ese lugar, que antes se llamaba Luz, Jacob le puso por nombre Betel”.

Este pasaje maravilloso nos introduce de manera perfecta en el pensamiento que cierra todo el recorrido de este libro.

Jacob había engañado a su padre Isaac haciéndose pasar por Esaú, su hermano, quien debía recibir la bendición patriarcal. Luego huyó al desierto para evitar la venganza de aquel que ya había decidido matarlo. En medio de su huida, cuando parecía estar solo y desamparado, los cielos se le abrieron. Vio la escalera, escuchó la voz de Dios y recibió la confirmación de una promesa que no dependía de su conducta, sino del propósito soberano del Señor.

Al despertar, Jacob llamó a ese lugar “***Casa de Dios***” y “***Puerta del cielo***”. Lo que para él fue un sueño

extraordinario, para nosotros debería ser una realidad permanente. Siempre admiramos lo que Dios hizo con los personajes bíblicos, y está bien hacerlo, pero debemos entender que hoy vivimos en un tiempo mucho mejor y bajo un pacto mucho más elevado: el Nuevo Pacto, establecido por la sangre preciosa de Jesucristo derramada en la cruz del Calvario.

“Siempre admiramos lo que Dios hizo en el pasado, pero hoy vivimos un tiempo mucho mejor.”

Jacob vio una puerta; Jesucristo dijo: “**Yo soy la puerta**” (**Juan 10:9**). Jacob vio una escalera con ángeles que subían y bajaban; Jesús hizo referencia directa a esa imagen cuando dijo que veríamos el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y descender sobre el Hijo del Hombre (**Juan 1:47 al 51**).

Jesús no solo se presentó como la puerta del cielo, sino como el punto de conexión entre el cielo y la tierra. Él fue el Reino de los cielos en acción. Los cielos se abrieron, el Padre habló y el Espíritu Santo descendió sobre Él con poder. Desde ese momento, los enfermos fueron sanados, los cautivos liberados y el Reino anunciado. No se proclamó una nueva religión, sino el Reino de Dios.

El Reino de los cielos en la tierra no es solo nosotros con Dios, sino Dios con nosotros. Muchas veces nos conformamos con que alguien “acepte a Cristo”, celebramos

una oración y descansamos en la idea de que esa persona ya verá el Reino algún día en el cielo. Sin embargo, Jesús nos enseñó a orar para que el Reino venga a nosotros. El diseño original de Dios, no tiene que ver con aceptación, sino con regeneración, y siempre fue la tierra, no el cielo.

El Génesis comienza con Dios colocando al hombre en un huerto para llenar la tierra con su gloria y gobernar en su nombre. Y así debe concluir la historia, porque todo lo que Dios establece, funciona.

“Los diseños de Dios siguen vigentes, porque todo lo que Dios establece, funciona.”

Dios siempre quiso habitar entre los hombres. El Edén fue su casa. El arca de Noé fue una casa de salvación. El tabernáculo de Moisés fue una casa en el desierto. El tabernáculo de David y el templo de Salomón fueron casas de gloria. Pero una y otra vez, el hombre desvirtuó esos diseños.

La palabra “casa”, en hebreo es la palabra “*bayit*”, y significa morada, habitación, templo. Siempre habló del deseo de Dios de habitar entre nosotros. Y aunque el hombre falló repetidas veces, Dios jamás desistió de su propósito.

Dios nunca desiste de sus diseños por eso y a través de Cristo habitó entre los hombres, ya no en un huerto, ni en un arca, ni en un tabernáculo, ni en un templo, sino en un

hombre. Pero claro, los hombres que debieron ser los beneficiados con semejante misericordia, terminaron matando en un madero a Emmanuel, que significa: “Dios con nosotros”. Pero como expresé anteriormente, Dios nunca desiste de sus diseños, por lo tanto, todavía sigue trabajando en ellos.

Cuando Cristo estaba por ir a la cruz les dijo a sus discípulos y a través de ellos a nosotros, que el Espíritu Santo vendría en su lugar para habitar dentro de ellos y por supuesto, dentro de nosotros. (**Juan 16:7**) El apóstol Pablo definió a este hermoso privilegio como el haberlos convertido en templos del Espíritu Santo o moradas de Dios.

“El cuerpo de ustedes es como un templo, y en ese templo vive el Espíritu Santo que Dios les ha dado. Ustedes no son sus propios dueños.”

1 Corintios 6:19 BLS

“Todos los de la iglesia son como un edificio construido sobre la enseñanza de los apóstoles y los profetas, y en ese edificio Jesucristo es la piedra principal. Es Él quien mantiene firme todo el edificio y lo hace crecer, hasta formar un templo dedicado al Señor. Por su unión con Jesucristo, ustedes también forman parte de ese edificio, donde Dios habita por medio de su Espíritu.”

Efesios 2:20 al 22 BLS

¡Qué maravilloso es el Señor! Su diseño es increíblemente espectacular, claro que hoy, faltaría que su pueblo lo entienda y que sus hijos dejen de comportarse como miembros de una religión más.

El sueño de Jacob era totalmente profético y el Señor le había dicho: ***“No te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho”*** Y cuando el Señor habla, cumple. Por eso, nunca desistió de sus diseños. Él lo comenzó con Adán, lo dibujó en el cielo con el arco iris de Noé, lo continuó con Abraham y lo sostuvo en cada una de las generaciones hasta llegar a nosotros.

Jacob recibió su promesa certificada con un sueño, pero en Jesús, el sueño se hizo realidad. Jesucristo fue la casa de Dios en la tierra, fue la puerta del Reino que se abrió para la gracia y la verdad, fue el camino por el cual los ángeles subieron y bajaron del Trono, fue el poder y el único Rey verdadero.

Cuando Jesús fue apresado y presentado ante la justicia romana, Pilatos le preguntó: ¿Eres tú el rey de los judíos? Jesús le contestó: ***“Lo soy, pero mi reino no es de este mundo”***. Gloria a Dios, era el Reino de los cielos entre los hombres, Dios lo había traído a la tierra. Él abrió la puerta, Él extendió el camino, Él puso una escalera y Él diseñó una manera de quebrar el malvado corazón de los humanos y lograr su objetivo: “Habitar entre los hombres”.

Claro, usted puede estar pensando que Jesucristo se fue a la diestra del Padre. Entonces ¿Qué pasó? Bueno, yo dije que su plan era habitar en la tierra, no solo visitar la tierra. Por eso sus diseños son maravillosos, porque cuando Jesús ascendió y nos hizo moradas del Espíritu, lo hizo con la única intención de habitar en la tierra a través de una casa llamada Iglesia, edificada con piedras vivas, donde determinó manifestar su gloria hasta llenarlo todo. ¡Aleluya!

“Hoy la Iglesia es casa de Dios y la Iglesia somos nosotros...”

Se da cuenta mi amado lector, por qué es tan importante ser edificados por el Señor siguiendo sus diseños y no inventando diseños humanos. Porque nadie debe intervenir jamás con estúpidas ideas humanas, cargadas tal vez, de buenas intenciones, pero que no dejan de hacer otra cosa que retrasar la manifestación de la gloria que tanto necesita el mundo.

En el libro de romanos, capítulo ocho, versículo diecinueve dice: ***“Porque el anhelo ardiente de la creación, es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios”*** Pero por supuesto, la creación no nos soporta más manifestándonos como hombres, sino como hijos del Reino. La creación nos espera como herederos llenos del Espíritu que extiendan la gloria, fructificando, señorereando y sojuzgando todo, para que el Reino venga a nosotros y se manifieste en la tierra.

Sí, parece increíble su infinito amor, pero según sus diseños, nosotros somos la casa de Dios, por algo el apóstol Pablo dijo: *“Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arrraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.*

Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a Él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.



Epílogo

“Cuando la casa se convierte en hogar”

Llegar al final de este libro no significa haber agotado el tema, sino haber abierto una puerta. Los diseños de Dios nunca se comprenden del todo en una lectura, se entienden caminándolos. Por eso, si estas páginas despertaron preguntas, incomodidades, desafíos o anhelos nuevos, entonces el objetivo fue cumplido.

El Reino de Dios no se hereda por información, se vive por revelación. Y la revelación no se acumula en la mente, sino que se encarna en decisiones cotidianas. No alcanza con estar de acuerdo con los diseños de Dios; es necesario rendirse a ellos.

Durante muchos años la Iglesia ha aprendido a funcionar, pero no siempre a habitar. Ha aprendido a reunirse, pero no siempre a ser casa. Y ha aprendido a hablar del Reino, sin permitirle gobernar cada área de la vida. Sin embargo, Dios sigue llamando a su pueblo, no para habitar templos, sino para convertirse en morada.

La casa de Dios no es un edificio perfecto ni una estructura impecable. Es un lugar donde el cielo toca la tierra, donde la presencia transforma, donde la obediencia madura y donde el amor gobierna. Es un espacio espiritual donde

Cristo es la cabeza, el Espíritu es el guía y los hijos aprenden a vivir como cuerpo.

Tal vez este libro los haya confrontado. Tal vez los haya incomodado un poco. Tal vez les haya confirmado cosas que ya sabían, o tal vez les haya obligado a soltar conceptos que abrazaron durante años. Sea cual sea el caso, recuerden esto: Dios nunca confronta para herir, sino para sanar; nunca revela para confundir, sino para liberar.

Hoy más que nunca necesitamos una Iglesia despierta, madura y rendida. No una Iglesia perfecta, sino una Iglesia dispuesta. No una Iglesia poderosa solo en palabras, sino una Iglesia gobernada por el Espíritu. Porque el mundo no está esperando más mensajes motivacionales, está esperando una manifestación palpable y verdadera.

Si este libro logró llevarlos a orar con más sinceridad, a mirar la Iglesia con más amor, a revisar la manera de obedecer, a desechar una comunión más profunda y una vida más rendida al Reino, entonces la semilla fue sembrada... El resto no lo hará un libro. Lo hará el Espíritu Santo.

Que el Señor nos conceda la gracia de no volver atrás, de no conformarnos con lo conocido y de permitirle edificar Su casa en nosotros, hasta que la casa se convierta en hogar y el Reino se manifieste con plenitud.

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Osvaldo Rebolledo



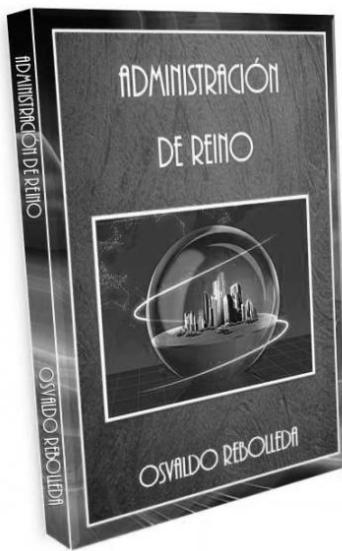
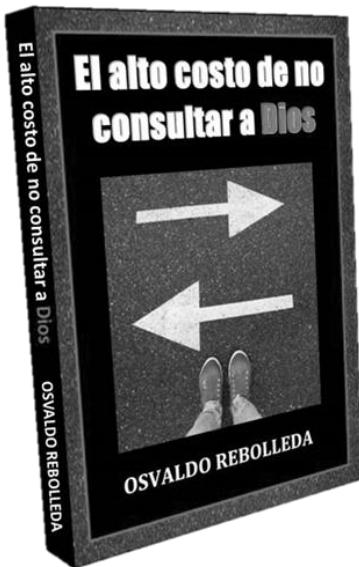
El Pastor y maestro Osvaldo Rebolledo hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

El maestro Osvaldo Rebolledo es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un **Doctorado Honoris Causa en Divinidades de La Universidad teológica de Estados Unidos.**

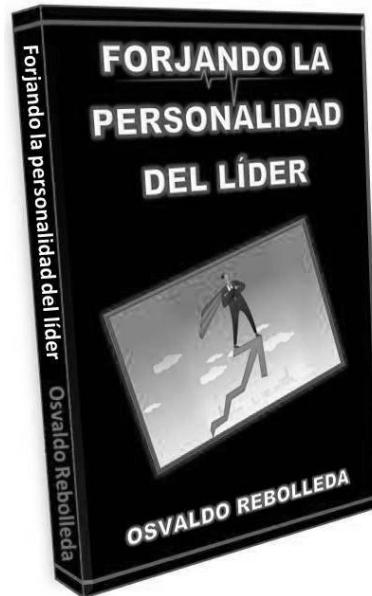
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolledo.com

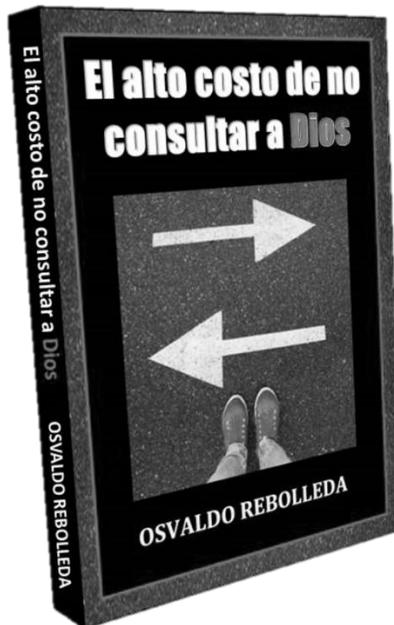


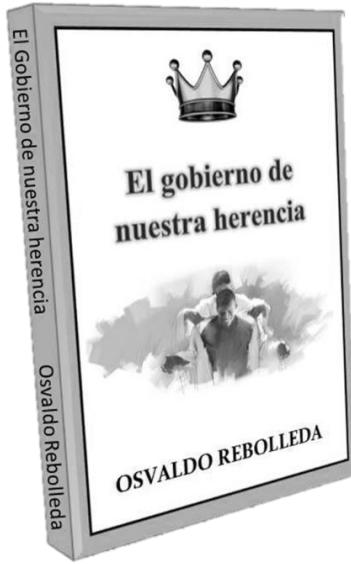
www.osvaldorebolleda.com



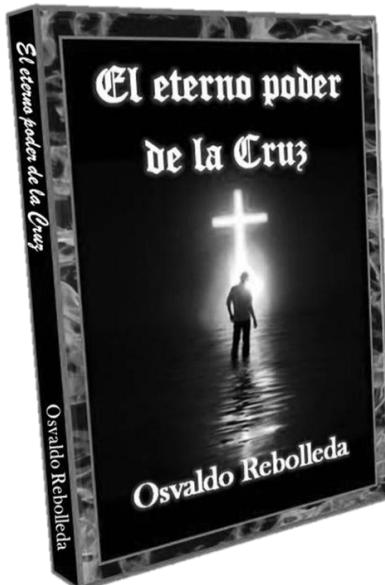
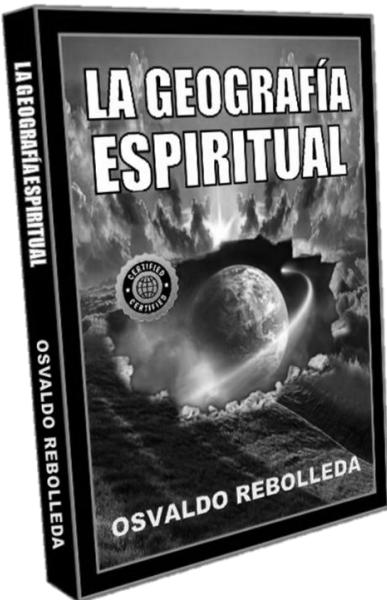


www.osvaldorebolleda.com



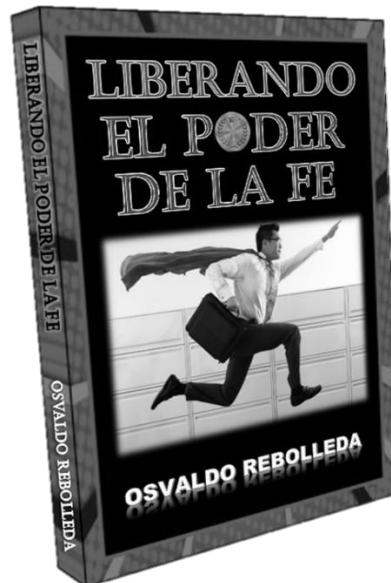


www.osvaldorebolleda.com

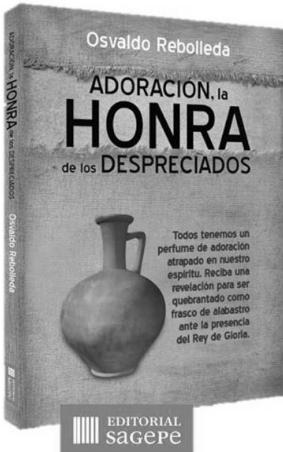




[**www.osvaldorebolleda.com**](http://www.osvaldorebolleda.com)



Otros libros de Osvaldo Rebolledo

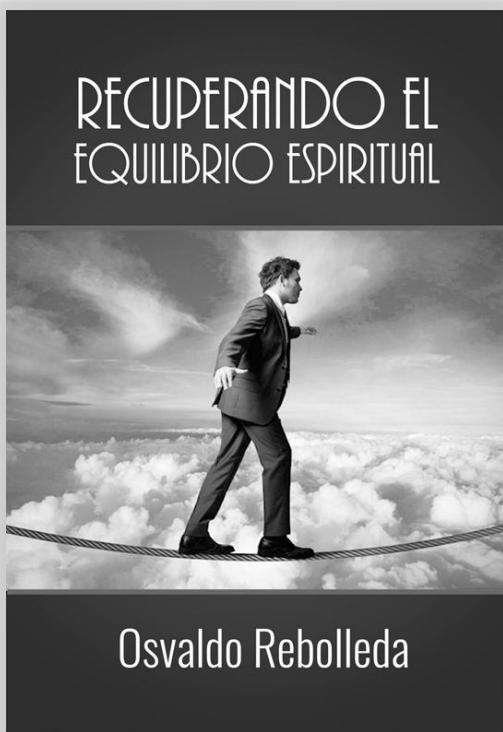


“Todos tenemos un perfume de adoración atrapado en nuestro espíritu. Reciba una revelación para ser quebrantado como frasco de alabastro ante la presencia del Rey de Gloria...”

“Un libro que lo llevará a las profundidades de la Palabra de Dios, un verdadero desafío a entrar en las dimensiones del Espíritu”



Un material que todo ministro
debería tener en su biblioteca...



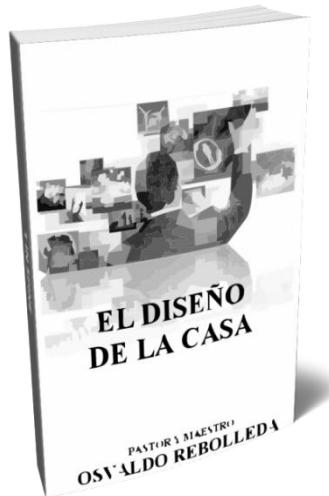
*«Todo cambio debe ser producido por Dios
a través de los hombres y no por los hombres
en el nombre de Dios...»*

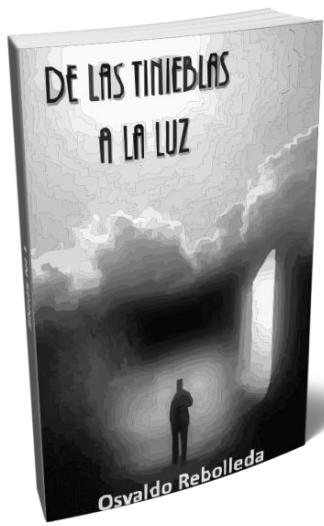
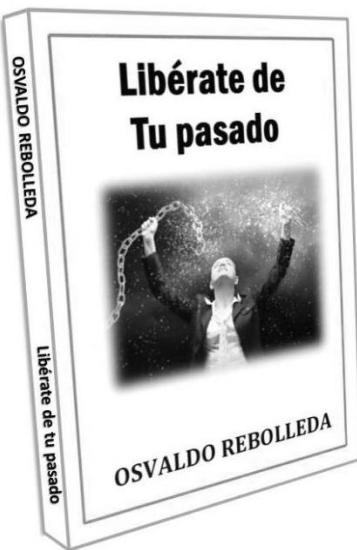
www.osvaldorebolleda.com



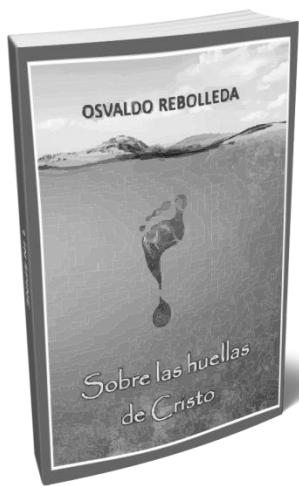
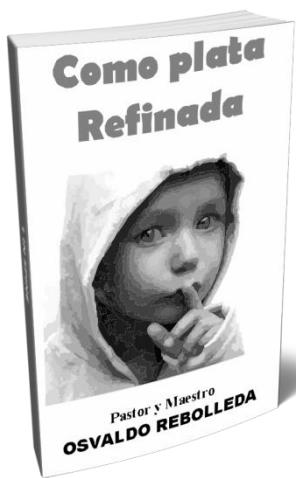
Libros de temas variados y útiles para el desarrollo de su vida espiritual, todos pueden ser bajados gratuitamente en la página Web del pastor y maestro Osvaldo Rebolleda

www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

